

ABOLICIÓN



OSVALDO REBOLLEDA

ABOLICIÓN



OSVALDO REBOLLEDA

Este libro No fue impreso
con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa
rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **Portales de Gracia**

Revisión literaria: **Autores argentinos**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

CONTENIDO

Introducción.....	5
Capítulo uno:	
A libertad nos llamó el Señor.....	11
Capítulo dos:	
La gracia del Nuevo Pacto.....	28
Capítulo tres:	
Mezclas en la enseñanza.....	45
Capítulo cuatro:	
La abolición de la Ley.....	60
Capítulo cinco:	
La Ley de la vida en el corazón.....	76
Capítulo seis:	
La Ley y la fe en Jesucristo.....	86

Capítulo siete:

La gestión de un liderazgo entendido.....100

Reconocimientos.....120

Sobre el autor.....122

INTRODUCCIÓN

“Toda la Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para reprender, para corregir y para instruir en la justicia, a fin de que el siervo de Dios esté enteramente capacitado para toda buena obra”.

2 Timoteo 3:16 y 17

Como maestro de la Palabra, tengo una lógica carga sobre la enseñanza que recibe la Iglesia hoy en día, sobre todo porque al mirar la historia, puedo ver que los pasos dados por la Iglesia, siempre estuvieron vinculados a la enseñanza que fue recibiendo.

Es cierto, que el entorno político, económico y social de cada época, fueron como la plataforma sobre la cual tuvo que caminar la Iglesia, pero sin dudas, la formación a través de la enseñanza, fue lo que determinó su efectividad, o la falta de la misma.

Por supuesto, que todo ha sido permitido por Dios, porque Cristo es la cabeza de la Iglesia y como tal, nunca ha perdido Su gobierno sobre ella. Esto no significa que Él ha generado cada uno de los procesos vividos en la historia. Como siempre, Dios opera desde Su gracia, y así como creó libre a Adán y le permitió escoger sus acciones, también liberó a sus hijos y nos permite determinar nuestros pasos.

Por supuesto, luego de cada uno de los errores cometidos por los hombres, ahí aparece la mano de Dios para tratar de encaminar su destino. Él le prohibió a Adán comer la fruta, pero no le impidió que la comiera cuando así lo determinó. Podríamos considerar que Dios tendría que haberlo impedido, pero Él no opera de esa manera.

Quienes insisten en ese tipo de evaluaciones, no comprenden que Dios nos quiere libres, porque los esclavos no gobiernan y Él nos creó para gobernar en Su nombre. Es por eso que apeló a la libertad, para la elección de Adán y luego ideó un plan para la redención humana. Hubiera sido mucho menos costoso, impedir violentamente el pecado, pero Dios no evalúa esos costos para la libertad.

La Iglesia es el Nuevo Hombre en la tierra y al igual que Adán es completamente libre, pero la idea es que tomando el ejemplo de Adán, busquemos en todo tiempo, hacer la voluntad de Dios y no operar desde nuestro saber, sea para determinar el bien, o sea para considerar el mal.

Bajo este mismo principio, la Iglesia ha transitado más de dos mil años de historia, y ciertamente vemos una y otra vez la necia mano del hombre, tratando de imponer sus diseños, más allá de lo que pretenda el mismo Señor. Debo confesar que el solo hecho de escribirlo, me produce cierto escalofrío, pero es así.

Los seres humanos, fuera de la comunión con Dios, somos muy necios y egoístas. La tierra es ciertamente

riquísima y sin embargo, vemos hambre, guerra, injusticia, violencia y maldad por doquier. Inexplicablemente los seres humanos somos muy destructivos y la única manera de revertir eso, es a través de una vida sujeta a la dirección de Dios.

Así como los seres humanos, tenemos la triste capacidad de destruir todo lo que tocamos, tenemos también la capacidad de construir cosas extraordinarias, cuando voluntariamente nos dejamos guiar por Dios. Esa es la gran virtud de la Iglesia, y no debemos desaprovecharla.

Según el diseño de Dios, la Iglesia está compuesta de todos los renacidos, que a través de la nueva vida en Cristo, recuperamos las funciones espirituales y la capacidad de comunicarnos con Dios. Esto la hace única y especial. No hay en la tierra, ningún otro diseño tan maravilloso como el de la Iglesia verdadera.

Esta Iglesia no es una institución, ni una denominación determinada, sino que es un organismo vivo, espiritual y eterno, dirigido por el mismo Señor. La Iglesia es el portal capaz de manifestar el Reino de los cielos en la tierra. Los cristianos somos embajadores de Cristo y responsables de llevar adelante el propósito de Dios.

Como mencioné anteriormente, al observar la historia de la Iglesia, vemos todas las perversas desviaciones que ha sufrido, por causa de la intervención humana. Y podría decir

que también vemos la gracia, la misericordia y la paciencia de Dios para con nosotros.

Las intervenciones humanas, generadas a mano de líderes inescrupulosos, han causado muchísimo daño a la imagen de la Iglesia. Su estructura principal y su esencia, siempre permanecen inalterables, en la reserva Divina de personas verdaderamente fieles, pero ante los ojos de la sociedad, la Iglesia ha perdido su prestigio, su rol y la autoridad que supo tener.

Esto por supuesto, es ante los hombres, pero no ante Dios. Él no está mirando la Iglesia que nosotros vemos, Él nos ve a través de Cristo y sigue tratando con aquellos que procuran ser fieles a Su voluntad. Lo cierto es que muchos líderes, a través de la religiosidad, el legalismo y los intereses personales, han pervertido el glorioso mensaje del Reino, y han introducido sus doctrinas tratando de infectar la verdad.

Hay dos extremos opuestos, que están causando un terrible mal a la Iglesia. Las características de la posmodernidad y la sociedad globalizada que tenemos hoy, generan personas muy difíciles de discipular. El mandato de Dios fue de hacer discípulos en todas las naciones (**Mateo 28:19**), pero la gente huye del compromiso con la Iglesia, o se acercan solo en busca de soluciones para sus vidas, pero difícilmente se encuentran verdaderos discípulos de Cristo.

Los pastores desesperados por esto, avanzan por uno de los dos extremos que son: Un evangelio liviano,

motivacional, sin compromiso y a gusto del consumidor, o un evangelio de opresión, de control, de manipulación y de amenaza, para que la gente haga lo que debe hacer.

En otros libros, he tratado de manera más profunda el extremo del evangelio motivacional, o también llamado “Lihgt”, pero en este libro, deseo enfocarme en el extremo del legalismo. La mala utilización de la Ley de Dios y la cautividad que producen los pastores que intimidan para lograr sus objetivos.

Al final, la verdad sigue siendo la verdad, y la Iglesia saldrá victoriosa de todo esto, pero es nuestra responsabilidad en este tiempo, identificar y quitar de la Iglesia, toda doctrina equivocada. Lo cual podemos hacer con la honesta y humilde observación de la Palabra. Yo creo que es una salida fácil, la de complacer a la gente, o dominarla con intimidación bíblica, pero creo también, que ninguno de esos extremos, obedecen al verdadero evangelio del Reino que debemos predicar.

Es fácil complacer el capricho de la gente, o gobernar una iglesia de gente esclava, pero quiero decirles que la esclavitud ya fue abolida, y necesitamos una Iglesia libre pero funcional. Libre, pero sujeta voluntariamente al gobierno del Espíritu Santo. Libre, pero sumamente comprometida con el propósito. Libre, pero con gente que no utiliza la libertad como ocasión para el pecado. Libre, pero viviendo como esclavos de Cristo por amor.

Este libro, persigue la intención de confrontar las enseñanzas de aquellos que mezclan en el evangelio del Reino, enseñanzas incorrectas, metiendo a la gente en el cumplimiento de leyes y ordenanzas que ya fueron abolidas. Toda enseñanza equivocada, al igual que la enseñanza de la serpiente a Eva, produce esclavitud, y la Palabra, que es la verdad eterna, es lo único que puede abolir esa esclavitud.

Los invito a realizar una buena inversión de tiempo y atención con este libro. Les puedo asegurar que valdrá la pena cada minuto invertido en estas páginas, porque la libertad mental para la fe del Reino, no tiene precio y bien vale nuestra atención.

“Porque el mismo Dios que mandó que la luz brotara de la oscuridad, es el que ha hecho brotar su luz en nuestro corazón, para que podamos iluminar a otros, dándoles a conocer la gloria de Dios que brilla en la cara de Jesucristo”.

2 Corintios 4:6 DHH

Capítulo uno

A LIBERTAD NOS LLAMÓ EL SEÑOR

*“Todos hemos pecado, y por eso estamos lejos de Dios.
Pero él nos ama mucho, y nos declara inocentes sin
pedirnos nada a cambio. Por medio de Jesús, nos ha
librado del castigo que merecían nuestros pecados.
Dios envió a Jesucristo para morir por nosotros.
Si confiamos en que Jesús murió por nosotros,
Dios nos perdonará...”*
Romanos 3:23 al 25 BLS

Las experiencias vividas en la conversión, son muy diferentes en cada uno de los cristianos. Hay algunos que han sido criados en la fe y muchos de ellos, no pueden recordar un momento determinado de su conversión. Es absolutamente natural para ellos tener a Dios en sus vidas, y nunca vivieron un contraste impactante, porque nunca vivieron en el desenfreno del pecado.

Otros hermanos, reconocen la llegada de Cristo a sus vidas como algo gradual. Son hermanos que comenzaron a ir

a una congregación para participar de las reuniones y sin saber cómo se fue produciendo, descubren con el tiempo, los trascendentes cambios que han recibido.

En otros casos, tal como me ocurrió a mí, la conversión se produce de manera impactante y casi violenta, en el buen sentido de la expresión. Fue como lo vivido por Saulo de Tarso, quién fue derribado por tierra, fue dejado ciego por el Señor y luego lleno del Espíritu Santo, para servirlo como apóstol, tal como hizo hasta el fin de su vida.

Yo no fui a una reunión, ni hubo alguien que me dirigiera en oración, o impusiera sus manos para impartirme la vida. Ciertamente me habían predicado el evangelio, pero eso había sido unos días antes de ese momento. Gracias a Dios no quedé ciego como Saulo, pero la verdad es que sí caí por tierra, porque viví una experiencia maravillosa. Una aparición del Señor me cambió la vida para siempre, de manera radical y conmovedora.

Yo estaba solo en mi negocio, ese día, el lugar estaba cerrado, solo había ido para preparar todas las cosas para abrir al día siguiente. De pronto la presencia de Dios descendió de manera tan poderosa que experimenté temor y pensé que iba a morir. En esa manifestación inexplicable, hice mi confesión al reconocerlo, y fui liberado de manera absoluta, a la vez que fui introducido en un fuego abrazador que me quemó por completo.

Yo no solo lloraba, sino que gritaba con desesperación, y durante algunas horas, estuve inmerso en un éxtasis maravilloso. Hable con Dios, y Él me llenó de vida, de manera que al abrir la puerta del salón, para salir a la calle, descubrí que veía todo de manera diferente, tal como si todas las cosas tuvieran claridad y contornos que antes no tenían. Podía jurar que los colores habían cambiado, y fue muy raro, porque yo sentía que respiraba un aire fresco, puro, como algo que nunca antes había experimentado.

Yo todavía era soltero, y caminé a la casa de mis padres donde vivía. Mi madre me abrió la puerta, pero al verme llorar con tanta desesperación, y ante mi imposibilidad de hablar, ella se asustó, porque no podía comprender lo que me estaba pasando. Entonces traté de calmarme y cuando pude hablar le dije: *“No te asustes, no sé lo que me pasó, solo sé que hoy nací de nuevo...”*

Yo nunca había ido a una iglesia, nunca había escuchado predicaciones sobre el nuevo nacimiento, y nadie me había explicado el evangelio con detalles. Es verdad que una vez, traté de leer un poco la Biblia. En realidad, eso aconteció, porque me gustaba mucho leer, y había escuchado que la Biblia era el libro más leído del mundo. Entonces pensé que yo también debía leerla, pero cuando lo intenté, y después de varios capítulos, me pareció muy extraña, aburrida y poco probable. Por tal motivo, no quise terminar de leerla, ni tampoco entendí nada de lo que había leído.

En ese tiempo, mi familia había comenzado un proceso de conversión, luego de la llegada del evangelista Carlos Annacondía a Necochea, ciudad en la cual vivía, y donde había nacido. En ese tiempo, toda mi familia comenzó a ser tocada por el Señor. Mi madre me contaba las cosas lindas que estaban viviendo y mi hermana mayor me predicó en más de una ocasión, y me invitó a las reuniones de su iglesia, pero en realidad, yo no comprendía lo que trataba de decirme.

Bueno, lo comprendía naturalmente, pero nunca pude medir la trascendencia de sus palabras de manera espiritual. Unos días después de hablar con ella, ocurrió eso de estar solo en mi negocio, y experimentar la manifestación del Señor para mi conversión. Todo fue tan contundente para mí, que mis amigos, mis clientes, e incluso mi familia llegaron a pensar que había perdido un poco el equilibrio mental, y que no era bueno que manifestara cambios tan radicales como los que comencé a vivir

Yo no sabía explicar lo que me ocurría, pero ese día, me volví absolutamente sensible y no paraba de llorar, todos los días y en cualquier momento, comenzaba a llorar por nada. Hablaba de Dios con todo el mundo y pensaba todo de una manera absolutamente diferente, es como si la experiencia vivida, hubiera sido como un trasplante de mente y de corazón.

Cuando comencé a ir a una congregación, tenía experiencias extraordinarias. Tan solo al entrar sentía el quebranto, y los primeros días, lloraba hasta por los anuncios

que se hacían. Todo era motivo de llanto y de emoción. Sentía que la presencia de Dios, inundaba cada átomo de mi ser en cada canción. Era impresionante, pero a la misma vez causaba diferentes reacciones en las personas, porque no era muy común lo que me pasaba, estaba como desbordado por todo lo que estaba viviendo.

Algunas personas comenzaron a buscarme para hablar porque recibían algo especial al estar conmigo, pero hubo muchos otros, amigos y clientes, que comenzaron a huir de mi presencia. Yo no comprendía por qué motivo, algunos me rechazaban, porque yo me estaba considerando feliz como nunca antes, y lo que me estaba pasando era genial. Sin embargo así ocurría.

Yo pensaba que mis amigos, conociéndome muy bien, y sabiendo que nada tenía que ver con la mística y la religión, me creerían todo lo que les diría, pero no fue así. De hecho, mientras me comporté como un transgresor y pecador, todos me buscaban, pero cuando dejé de fumar, de beber y de salir a ciertos lugares, el rechazo fue total.

Los mensajes del pastor y de todo predicador que podía escuchar, me parecían fantásticos. Y la lectura de la Biblia me consumió por completo. Buscaba desesperadamente libros, audios y materiales cristianos, aunque en esa época no había mucho sobre el tema. Estaba verdaderamente hambriento por recibir más de Dios, y pasaba muchas horas encerrado en mi cuarto adorando y leyendo una Biblia de estudio que había conseguido.

Durante los primeros meses en la Iglesia, todo lo que leía o escuchaba me parecía que venía de parte de Dios. No me atrevía a pensar que un pastor o un predicador, pudiera ser alguien capaz de dar una enseñanza equivocada. De hecho, antes de cada predicación orábamos para que Dios hablara y yo creía absolutamente en eso. No comprendía que en verdad esa es la dinámica de la predicación, pero que las personas no somos infalibles.

Tampoco sabía que había diferentes denominaciones, con diferentes líneas teológicas y doctrinales. Yo creía que solo había muchas congregaciones, pero que todas eran iguales, y que formaban parte de una sola Iglesia. Bueno, esto fue así, hasta que la realidad me fue golpeando poco a poco y comprendí, que todo era mucho más complejo de lo que pensaba.

Antes de mi conversión, yo decía que era católico, pero en realidad lo decía porque de niño había sido bautizado en una iglesia católica, pero nada más. Nunca había practicado la fe, ni había ido a una misa católica, de hecho, había varias cosas de la iglesia católica que me molestaban mucho, sobre todo respecto a su frialdad religiosa, sus ceremonias idolátricas, y su riqueza obscena. Pero todo lo veía de manera muy racional y superficial. Incluso diría que adhería al conocimiento de otros, pero yo desconocía el tema de manera profunda.

En esos primeros tiempos, y sin que nadie me dijera nada, comencé a cambiar todos mis hábitos. Simplemente

pensaba diferente, sentía diferente, y no quería hacer nada que pudiera ser considerado malo por el Señor. No fueron necesarias las exhortaciones, ni las imposiciones, simplemente yo deseaba una vida intensa con Dios, y todo lo demás simplemente se producía. Me volví casi exagerado, pero no quería perder lo que había recibido del Señor.

Al poco tiempo de congregarme, me bauticé y me pidieron que compartiera mi testimonio, lo cual impactó de buena manera al pastor, por lo tanto, también me pidió que compartiera una Palabra con el grupo de jóvenes de la Iglesia. Eso fue todo un desafío para mí, pero fue muy bueno, porque desde entonces, no paré de predicar y al poco tiempo, fui consagrado como un ministro evangelista.

Todo fue muy vertiginoso para mí, yo no tenía una buena formación teológica, pero gracias a Dios, tampoco tenía ningún tipo de estructura religiosa. En mi forma de ver, el evangelio era sencillo, hermoso y ajeno a toda imposición religiosa. Yo creía que si había verdadera conversión, y comunión con el Espíritu Santo, eso no era necesario, simplemente porque era lo que yo estaba experimentando.

Me disgustaba mucho, cuando me encontraba con demandas que me parecían absurdas, innecesarias y lejos de la voluntad de Dios. Comencé a ver el error, los engaños y la gran cautividad religiosa que padecía la iglesia en general. La posibilidad de viajar y comenzar a predicar en diferentes congregaciones, y en diferentes denominaciones, me

permitió conocer un panorama absolutamente diferente de la Iglesia.

Fue como obtener un permiso, para visitar la trastienda de lo que se veía en las plataformas. Entonces descubrí la vanidad, el orgullo religioso, la hipocresía y las estructuras institucionales, que me parecieron absolutamente perversas, y aunque en esa época no tenía autoridad para decir nada de lo que pensaba, me prometí a mí mismo, hacerme de un prestigio ministerial, para tener un respaldo, y poder decir, lo que verdaderamente quería decir a la Iglesia.

Yo seguía profundizando mi intimidad con el Señor, y comencé a ver todo de manera mucho más clara. Me propuse inquirir, indagar y alcanzar verdadera sabiduría espiritual, y puedo decir que aún sigo trabajando en eso. Pero a poco de mi caminar ministerial, fue un hecho evidente para mí, que estaba indignado contra el sistema religioso, porque yo me había convertido de manera muy especial, yo había conocido la gracia y el amor abundante de Dios. Yo no podía olvidar que siendo un pecador desenfrenado y perverso, el Señor simplemente me había buscado, perdonado, limpiado y llenado con Su presencia. No comprendía, ni podía aceptar tantas estructuras vanas.

En mi experiencia personal, en la realidad espiritual que estaba viviendo, no me permitía ni tan solo considerar que el Señor pudiera ser el autor de tantas demandas y de tantas imposiciones absurdas, como las que estaba viendo en la Iglesia. Me sentí muy mal por tener que pensarlo, pero me

vi acorralado por una rebelión espiritual que jamás pensé que sufriría. Por supuesto, me cuestioné mucho por eso, entonces me propuse mantener mi boca cerrada.

Cuando uno no está de acuerdo con las autoridades espirituales o los mensajes que pregonan, uno siente una incómoda sensación de culpa, de temor y de angustia, ante lo cual, muchos prefieren irse, pero yo preferí quedarme para trabajar y producir cambios desde adentro.

La verdad, es que yo peleaba con los pensamientos que me asaltaban, respecto de los desacuerdos que tenía con el sistema religioso. Pero reitero, no se me cruzaba la posibilidad de abandonar, lo que quería era demostrar el respaldo del Señor sobre mi ministerio, para decir lo que creía que debía ser dicho desde una plataforma de autoridad.

Yo debo reconocer que todavía no había encontrado un referente claro, en quién yo pudiera confiar de manera absoluta, porque trataba de consumir todo material cristiano que recibía, pero en la comunión con el Espíritu Santo, comenzaba a discernir lo que provenía de Él y lo que no. Obviamente también me equivoqué y tuve que corregir mi rumbo muchas veces, pero nunca sufrí vergüenza por eso, porque yo veía que el gran problema de muchos, era el orgullo de no cambiar, aunque podían intuir que estaban equivocados.

Esa inseguridad que sentía, me producía una mayor dependencia hacia el Espíritu Santo, y gracias a Dios, aun me

la sigue produciendo. Yo buscaba que más allá de las luchas mentales que tenía respecto de las diferencias doctrinales con mis pares, poder sentir paz y seguridad en mi corazón. Desde entonces, comencé a ver claramente que dentro de la Iglesia, había una especie de esclavitud religiosa que era muy fuerte y muy triste.

En ese tiempo, yo no comprendía muchas cosas, pero algo tenía muy en claro, y era que yo sabía que había recibido la vida de Dios y que la esclavitud que había padecido, había sido abolida. Yo ya no era nada de lo que había sido, ya no era un pecador, ya no era un perdido, ya no era un esclavo, ahora era un hijo de Dios, libre y empoderado por el Espíritu Santo.

Eso me ponía en guardia, y recuerdo que pensaba ¿Cómo era posible que habiendo recibido vida y libertad, pudiera encontrar esclavitud dentro de la Iglesia? ¿Cómo era posible cantar de libertad por primera vez en la vida, con gente que decía ser libre, pero a la misma vez, encontrar cautividad religiosa?

Esto también me llevaba a una pregunta clave: ¿La salvación me había alcanzado por gracia, o es que Dios me había dado un adelanto, para llevarme a la Iglesia y que pudiera hacer todas las obras necesarias para salvarme? Esta es quizás la pregunta más importante que todo cristiano debería hacerse en su vida con Dios. De hecho, fue una pregunta parecida a la que el mismo apóstol Pablo le hizo a los gálatas:

“Sólo quiero que me digan una cosa: Cuando recibieron el Espíritu de Dios ¿fue por obedecer la ley, o por aceptar la buena noticia? ¡Claro que fue por aceptar la buena noticia! Y si esto fue así, ¿por qué no quieren entender? Si para comenzar esta nueva vida necesitaron la ayuda del Espíritu de Dios, ¿por qué ahora quieren terminarla mediante sus propios esfuerzos?”

Gálatas 3:2 y 3 BLS

Esta pregunta fue un fundamento en la lucha de Pablo por mantener a la Iglesia de su época, libre del cáncer de la religiosidad. Y no fue la única vez en la historia de la Iglesia que hubo ese problema, ni la única vez que la Iglesia cayó en las operaciones de líderes religiosos y legalistas.

De hecho, en los días de la gran reforma, también se pusieron estas cuestiones sobre la mesa de los concilios. Los valientes reformadores enfrentaron al sistema corrupto del catolicismo romano, y provocaron una ruptura entre quienes protestaban, y los que en ese momento se levantaban asegurando ser la única iglesia verdadera.

Esta pregunta de Pablo, es una diferencia clave entre la vida de Dios en nosotros, funcionando como el cuerpo de Cristo, y la mayoría de las denominaciones que a través de sus doctrinas, buscan acabar con la libertad de los santos. ¿La salvación es sólo por la gracia del Señor, o por la fe que producen las obras humanas? O dicho de otra manera, ¿Nos salvamos por haber sido alcanzados por la gracia, o porque tenemos que determinar y luego realizar ciertas obras?

Algunas denominaciones cristianas, afirman que la oración del penitente realizada en voz alta, y el bautismo en agua son obras necesarias para la salvación. Si alguien no hace la oración en voz alta, por más que crea en su corazón, no puede ser salva. Lo cual me hace pensar en el gran problema de los mudos, ya que en tal caso, no podrían salvarse por causa de esta demanda.

Lo absurdo de todo esto, es que una verdad espiritual, se puede convertir en una realidad natural, al momento de evaluarla por medio de obras carnales. Es decir, si una persona que repite una oración en voz alta puede salvarse. Si alguien que confiesa sus pecados, y pide perdón sin importar lo que siente en su corazón, puede llegar a ser un hijo de Dios, entonces todo sería una cuestión de métodos y hechos humanos. ¡Eso también sería un disparate!

Luego algunos creen que si los hermanos no se bautizan utilizando el método correcto y pronunciando las palabras correctas, tampoco pueden ser parte de la Iglesia, y por lo tanto, tampoco serían salvos. No importa la obra que el Señor haya realizado en sus corazones, al final, parece que los que definen el destino, son los encargados de bautizar.

Pude ver que la mayoría de las congregaciones, condicionaba la pertenencia a su membresía por medio del bautismo, pero a la misma vez, veía rechazar a un montón de personas, que impulsadas por una verdadera convicción espiritual, intentaban bautizarse.

Lo estúpido fue ver, que muchas de esas personas, recibían un mensaje de salvación, basado en el amor y la misericordia de Dios. Los invitaban a las reuniones, les hacían repetir oraciones, les decían que ahora eran hijos de Dios, pero luego les decían que tenían que pasar un tiempo a prueba, hacer un curso de bautismo y ordenar sus vidas para que todo sea efectivo, de lo contrario, no podrían ser miembros activos, ni participar de la santa cena.

Yo vi llegar a la Iglesia, a muchas personas con sus vidas deshechas y desordenadas. Lo cual me parecía lógico, después de muchos años de esclavitud, pecado y oscuridad ¿Cómo iban a llegar? Lo tremendo de todo esto, es que les decían que no podían bautizarse porque no tenían sus vidas en orden. ¡Qué absurdo! Yo no lo veo a Felipe, diciéndole al etíope, eunuco, funcionario de Candace reina de los etíopes, que debía conseguir ropa blanca y hacer un curso antes de bautizarse (**Hechos 8:26 al 38**).

Es como si alguien le dijera a los hermanos recién llegados: *“Dios los ama, murió por ustedes, Él los ha limpiado con Su sangre, les ha dado de Su Espíritu, pero les exige que ordenen sus vidas, si en verdad desean pasar por las aguas del bautismo y ser miembros de la Iglesia... Mientras tanto, oren mucho, congréguense siempre, diezmen cada mes, ofrenden cada reunión, y den buen testimonio, porque si después de unos años, no logran demostrar a los ministros que en verdad son fieles, serán rechazados. Pero si se esfuerzan y hacen todo lo que les decimos, los meteremos al agua bautismal...”* ¡Qué disparate!

Algunas denominaciones, además del orden de vida, exigen el curso bautismal, la ropa blanca y la inmersión total, de lo contrario, el bautismo no es aprobado. Al grado que si alguien llega bautizado de otra manera, lo vuelven a bautizar.

Algunas denominaciones, bautizan por aspersión, y otras lo hacen solo en el nombre de Jesús, porque creen que no se debe bautizar a la gente en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Tal como si los dichos de los bautizados, determinara el destino espiritual y eterno de cada uno de ellos. Por supuesto, si estos vienen de un bautismo diferente, también los vuelven a bautizar.

Algunos no bautizan en piletas artificiales, porque creen que los bautismo deben ser realizados en la naturaleza, sea un río o sea en el mar. De hecho, y aunque solo sea el privilegio de muy pocos, el sueño de muchos es el bautizarse algún día en las orillas del Jordán, tal como hizo nuestro Señor. Conozco denominaciones que cada tanto, llevan un contingente a Jerusalén para vivir esos procesos. ¡Supongo que esos hermanos al volver de bautizarse en el Jordán, y de tocar el muro de los lamentos, deben volar en revelación! Bueno, perdonen mi ironía...

Hay denominaciones, que no bautizan a los hermanos que están casados por segunda vez, y sin reconocer la nueva vida que han recibido, les dicen que están en adulterio, lo cual los hace sentir condenados. Algunos los bautizan con el compromiso de ir ordenando sus vidas, lo cual es genial, pero

les dicen que no podrán servir ministerialmente al Señor, nunca jamás.

Algunas otras denominaciones, no convidan el pan de la santa cena, a ningún hermano que no se haya bautizado, ni tampoco a los niños. Con esto están diciendo: *“El Señor les puede haber dado Su sangre, Su Espíritu y Su cuerpo, pero nosotros no les daremos un pedacito de pan, porque pueden contaminar la Iglesia...”* Y aun así, si comiera un verdadero impío ¿Podemos llegar a creer que eso puede contaminar la Iglesia? ¡Qué ridículo! ¡Qué lejos han quedado las actitudes que nos enseñó Jesús!

Esta situación es muy curiosa, porque no hay nada más ofensivo y mal educado, que llegar a una casa en donde estén comiendo, y siendo de la familia, no te ofrezcan un pedazo de pan. Es absurdo, pensar que tenemos en la mesa, el mejor pan que alguien puede comer en el mundo, y decidimos no convidarlo. Es absurdo defender el pan de los pecadores. Es al revés, los pecadores al comer el pan de vida, pueden llegar a ser saciados y no tener hambre jamás (**Juan 6:35**).

Es ilógico, que a estos hermanos se les diga bienvenidos a las reuniones, se les exprese el inagotable amor de Dios, y luego se les diga que tiene prohibido comer un pedacito del pan, que todos los demás hermanos comerán delante de ellos con cara de santificados. ¡Claro, los hermanos que comen, son los que delante de Dios, han hecho todo lo necesario para obtener tan preciado privilegio, pero ellos por ahora No! ¡Que vergüenza!

Es absurdo, que se le prohíba el pan o el vino, a quienes Cristo limpió con Su propia sangre, ¿Acaso lo consideramos inmundos, o impuros? Si fuera sí, ¿Por qué motivo nadie les cuestiona sus diezmos y ofrendas? ¿Cómo podemos ser tan hipócritas como para recibir dinero de los hermanos, decirles que Dios los ama, que los perdona, y que los bendecirá en todo, pero no les convidamos el pan, porque eso es solo para los puros que se han consagrado.

¿A quién se le ocurre, comer en su casa sin convidarles un pedazo de pan a sus hijos? ¿Cómo podemos hacer la santa cena, y decir que los niños la tienen prohibida hasta que no se bauticen? Decimos que son hijos de Dios, enseñamos que Jesús mencionó que el Reino de los cielos era de ellos, pero no les convidamos el pan (**Mateo 19:14**).

Claro, algunos consideran que el bautismo es lo que nos mete a la Iglesia, entonces pregunto ¿Los niños están fuera de ese privilegio hasta que se bautizan? Y si por el contrario, dicen que son parte ¿Por qué no les convidan el pan? ¿Están fuera o están dentro? Bueno, algunos dicen que los niños tienen que crecer, luego pecar, y luego arrepentirse para conocer la misericordia. Eso es como ensuciar a un niño en el barro, para luego lavarlo y enseñarle sobre lo lindo que es estar limpios. ¡Qué absurdo!

¿Cómo es posible que el diablo en su perversa generosidad, procure convidar su contaminado alimento a toda la gente del mundo, y nosotros teniendo a Cristo, no queremos que nadie lo consuma hasta no ordenar su vida? Al

final ¿Fue abolida la esclavitud en todos los renacidos, o solo ocurrirá después de hacer correctamente algunas cosas?

“Les hablo así, hermanos, porque ustedes han sido llamados a ser libres...”

Gálatas 5:13

Capítulo dos

LA GRACIA DEL NUEVO PACTO

“Sin embargo, sabiendo que el hombre no es justificado por las obras de la ley, sino mediante la fe en Cristo Jesús, también nosotros hemos creído en Cristo Jesús, para que seamos justificados por la fe en Cristo, y no por las obras de la ley; puesto que por las obras de la ley nadie será justificado”.

Gálatas 2:16

Cuando Adán pecó, perdió la vida espiritual, porque perdió su comunión con el Señor, perdió la vida eterna que tenía, porque la muerte lo alcanzó, y perdió su propósito porque sin estar bajo el gobierno de Dios, no pudo cumplir con su misión, que era llenar la tierra, señorear y sojuzgar sobre toda la creación terrenal (**Génesis 1:28**).

Cristo como el segundo Adán, y a diferencia del primero, hizo todo de manera perfecta y sin pecado, por lo tanto, recuperó para el hombre, la posibilidad de vivir en

comuni3n con Dios. Adem1s, recuper3 la eternidad perdida y recuper3 el prop3sito perdido (**Romanos 5:17 y 18**).

Nuestra salvaci3n es el triunfo de Jesucristo. Somos salvados de la ira de Dios contra el pecado que seguramente caer1 sobre todos aquellos que han vivido ajenos a la voluntad del Soberano (**Romanos 5:9**). Somos pecadores por naturaleza, y no hab1a otra posibilidad para nosotros que morir, pero la gracia del Se1or nos mat3 en Jes1s y nos resucit3 para nueva vida (**Romanos 6:4**).

Somos salvados solamente por la gracia y el poder incre1ble de Dios (**Efesios 2:8**). Jes1s muri3 por nosotros y volvi3 a la vida, por eso podemos morir en 1l y posteriormente vivir eternamente en 1l. No merecemos la salvaci3n. La salvaci3n es un regalo de Dios (**Efesios 2:5 al 8**), pero que viene a nosotros mediante la gracia de nuestro Se1or Jesucristo (**Hechos 4:12**).

La gracia, para ser tal, tiene que ser un favor inmerecido, no un premio obtenido. La gracia nos permite ser salvos y tener vida eterna en Jesucristo, no porque lo merecemos o porque hacemos algo, sino porque 1l quiso y 1l hizo todo por nosotros. *“Y si es por gracia, ya no es por obras; porque en tal caso la gracia ya no ser1a gracia”* (**Romanos 11: 6**).

Es curioso que en la Iglesia, nadie discute la gracia, pero al comenzar a congregarnos, las ense1anzas comienzan a mezclar el maravilloso regalo, con los compromisos

ineludibles para alcanzar lo que supuestamente hemos recibido. La gracia de Dios es todo o nada. Si Cristo hizo la obra completa, nosotros no tenemos que hacer nada para ser salvos. Yo sé que esto es inaceptable para muchos y en verdad lo lamento, pero es así. Las obras solo son consecuencia de nuestra nueva vida, y porque ya somos salvos, no para que llegemos a ser algo.

“A la verdad, como éramos incapaces de salvarnos, en el tiempo señalado Cristo murió por los malvados. Difícilmente habrá quien muera por un justo, aunque tal vez haya quien se atreva a morir por una persona buena. Pero Dios demuestra su amor por nosotros en esto: en que cuando todavía éramos pecadores, Cristo murió por nosotros”

Romanos 5:6 al 8

El sacrificio perfecto de Jesús, nos abrió el camino para recibir la gracia de Dios, trayendo consigo la vida eterna, la justicia, la libertad de los pecados, y la liberación de todas las ataduras de nuestra naturaleza carnal (**2 Corintios 5:21**). Es decir, la gracia de Dios no solo es la que nos otorga la salvación, sino también la que nos sostiene en el Pacto:

“En verdad, Dios ha manifestado a toda la humanidad su gracia, la cual trae salvación y nos enseña a rechazar la impiedad y las pasiones mundanas. Así podremos vivir en este mundo con justicia, piedad y dominio propio, mientras aguardamos la bendita esperanza, es decir, la gloriosa venida de nuestro gran Dios y Salvador

Jesucristo. Él se entregó por nosotros para rescatarnos de toda maldad y purificar para sí un pueblo elegido, dedicado a hacer el bien”.

Tito 2:11 al 14 NVI

Algunos enseñan que después de ser salvos por gracia, debemos hacer buenas obras para mantener nuestra salvación. Pero la gracia no debe ser interpretada de esa manera. La verdad, es que la gracia de Dios es la que también nos mantiene salvos, y pone en nosotros el querer como el hacer por Su buena voluntad (**Filipenses 2:13**). Dios no se glorifica en nuestros propios esfuerzos. Este es un fundamento clave de la vida cristiana. Es triste que muchos no lo entiendan así, porque terminan creyendo que son coautores de su propia salvación, y eso ciertamente es algo lamentable.

Nuestras buenas obras son el resultado de una naturaleza regenerada y salva. Son el fruto de nuestra nueva vida, no lo que hacemos para ser. La naturaleza siempre antecede al fruto, y nunca al revés. Incluso debemos tener en claro, que todavía fallaremos como creyentes, pero Dios es fiel para perdonarnos las veces que sean necesarias (**1 Juan 1:9**). Podemos confiar en que somos justificados por Su gracia y podemos estar eternamente seguros en ella, porque es la que nos otorga, pero también la que nos sostiene (**Juan 6: 39 y 40**).

La gracia es tan maravillosa, que para muchos líderes es inaceptable. Humanamente es injusta y exagerada, porque

le otorga todo a quienes no merecen nada. Si yo fuera profesor en una universidad, y tuviera un reloj de muchísimo valor. Si pensara en regalarlo y observando a mis alumnos me detengo en el más irresponsable, el más flojo en estudio, el más flojo en conducta, y saco mi reloj regalándoselo con un amoroso abrazo ¿No dirían los demás alumnos que fue una injusticia? Bueno, así es la gracia de Dios para los hombres.

Ojo, yo no estoy diciendo que la gracia es injusta, porque Dios es dueño de todo y hace lo que quiere con quién quiere, lo que digo es que para los hombres erróneamente eso es injusto. En el desarrollo de la sociedad, el mérito es clave, por eso la gente siempre piensa en quién merece, y en quién no merece algo, pero con Dios eso no funciona así.

“Tendré misericordia del que yo tenga misericordia, y me compadeceré del que yo me compadezca. Así que no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia. Porque la Escritura dice a Faraón: Para esto mismo te he levantado, para mostrar en ti mi poder, y para que mi nombre sea anunciado por toda la tierra. De manera que de quien quiere, tiene misericordia, y al que quiere endurecer, endurece...”

Romanos 9:15 al 18

Esto es lo que Jesús plantea también, en la parábola de los obreros de la viña. En el relato, se representa a un hombre saliendo a diferentes horas para emplear obreros. Aquellos que son empleados en las primeras horas del día, convienen

en trabajar con él, por una suma determinada. Los que son contratados más tarde dejaron su sueldo al juicio del contratista quién les había expresado: ***“Os daré lo que fuere justo”***. Ellos mostraron su confianza en él no haciendo ninguna pregunta con respecto a su salario. Confiaron en su justicia y equidad. Y fueron recompensados, no de acuerdo con la cantidad de su trabajo, sino según la generosidad del patrón.

El Señor del campo, le pagó el mismo salario al que había trabajado desde la primera ahora que al de la sexta y luego dijo: ¿Qué hay si quiero dar al primero como al postrero? ¿No me es lícito hacer lo que quiero con lo mío? ¿O tienes tú envidia, porque yo soy bueno? Luego de esa enseñanza Jesús dijo: ***“Así, los primeros serán postreros, y los postreros, primeros; porque muchos son llamados, mas pocos escogidos”*** (Mateo 20:16).

Ahora bien, hagamos hincapié nuevamente en el dicho: ***“recibiréis lo que sea justo...”*** Porque justamente ese fue el problema que le surgió a los demás trabajadores. Ellos habían trabajado desde las seis de la mañana y los otros apenas un par de horas al atardecer, sin embargo recibieron la misma paga. Entonces comenzaron a murmurar: ***“Estos postreros han trabajado una sola hora, y los has hecho iguales a nosotros, que hemos soportado la carga y el calor del día...”*** En otras palabras, es como si dijeran: “Esto no es justo...”

Así es la gracia, no es injusta para el dueño y Señor de todo, pero puede serlo para la limitada visión de las demás personas. Muchas veces, cuando he debatido sobre la salvación por gracia, hay gente que argumenta que Dios es justo, y sería injusto, si salvara a quién no lo merece. Y justamente ese es nuestro problema, que no comprendemos la soberanía de Dios y el alcance de Su gracia. Él hace como quiere y jamás comete una injusticia.

Dios puede hacer como le plazca, porque Él es Dios, dueño y Señor de todo. No hay injusticia en sus decisiones, y sobre nosotros ha derramado Su gracia. Nadie debería intentar cobrarnos lo que Dios nos ha regalado. Él nos otorgó también la fe, para acreditarla como justicia a nuestro favor (**Romanos 4:5**), y por eso actuamos de determinada manera, pero eso no es para lograr algo, sino por causa de lo recibido.

Tristemente algunos ministros enseñan el cumplir diferentes requisitos como justicia para salvación. Pablo escribió claramente, que la salvación es por gracia, por medio de la fe, y que esto no era de nosotros, pues es un regalo de Dios, y que no es por obras, para que nadie se pudiera gloriarse al respecto (**Efesios 2:8 y 9**).

Yo creo que la sola idea de la gracia niega todo intento de ganarse la salvación. Pablo presenta ese argumento cuando enseña sobre la elección soberana de Dios: *“Como es mediante la bondad de Dios, entonces no es por medio de buenas acciones. Pues, en ese caso, la gracia de Dios no*

sería lo que realmente es: gratuita e inmerecida” (Romanos 11:6 NTV).

Por supuesto que aquellos que enseñan la necesidad de las obras, tienen sus pasajes preferidos, como por ejemplo **Santiago 2:24**, que parece decir que la justificación es por la fe más las obras: *“Vosotros veis, pues, que el hombre es justificado por las obras, y no solamente por la fe”*. Pero esta argumentación de Santiago, lo que está haciendo es refutar la idea de que una persona pueda tener fe salvadora sin producir ninguna buena obra (**Santiago 2:17 y 18**). Todo es cuestión de poner los caballos delante de la carreta, y nunca detrás.

Según entiendo, Santiago está enseñando que la fe genuina en Cristo, producirá un genuino cambio de vida, y que esa nueva vida producirá buenas obras (**Santiago 2:20 al 26**). Él no está diciendo que la justificación es por la fe más las obras, sino que, una persona que está verdaderamente justificada por la fe, tendrá buenas obras en su vida, como consecuencia de lo que ha recibido, pero nunca al revés.

Pablo dice que los que tenemos una verdadera fe en Jesucristo estaremos por consecuencia, *“celosos de buenas obras” (Tito 2:14)*, de hecho dice, que fuimos creados *“para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que andemos en ellas” (Efesios 2:10)*. La salvación viene por la gracia de Dios, se hace realidad en nuestras vidas por medio de la fe, la cual también es otorgada por Dios. Luego esa fe que nos permitió recibir la vida, nos permite vivirla

con intensidad, haciendo las obras que Dios preparó conforme a Su voluntad. ¡Así es el Reino!

Es cierto que quienes hemos recibido la vida, daremos evidencia de ello, a través de obras de justicia, pero no para alcanzar algo, ni por imposición religiosa, sino que son el resultado de la misma gracia. Ningún líder de la Iglesia, debería imponer obras intimidando o manipulando a los hermanos. La Iglesia debe funcionar por revelación, no por imposición.

Un pastor me dijo hace un tiempo atrás: *“Si yo le digo a la gente que no necesitan hacer nada para ser salvos, si no les digo que si no hacen ciertas cosas, se van a perder, ellos no harán nada, y la Iglesia entrará en apatía total. ¡No puedo decirles eso!”* Amados pastores, lo que tenemos que hacer es predicar la verdad y punto. Dios se encargará de producir lo que debe, a través de sus hijos.

Nosotros solo debemos apreciar el evangelio de la gracia y luego enseñarles que la plenitud de Cristo, está en la búsqueda de una profunda comunión con Él, y que en esa comunión con Su Espíritu, Él pone el querer y Él pone el hacer, para que Su vida fluya a través de nosotros con toda efectividad. Es imposible que alguien que diariamente esté en comunión con el Señor, no esté comprometido con la obra, con el servicio y con la función que Dios le asigne.

Yo comencé a ver en mis años de evangelista, que en la mayoría de las iglesias, se predicaba sobre el hacer como

una condición necesaria para evaluar el estado espiritual de los hermanos. Y en cierto aspecto, esa evaluación puede ser correcta, en el simple sentido de observar el fruto. Lo que no debemos hacer, es procurar que los hermanos hagan obras para estar bien espiritualmente. Es al revés, debemos procurar que estén bien, para que puedan verse sus obras.

Titule este libro “Abolición”, porque se entiende por abolición, a la acción y a la consecuencia de abolir. Este verbo, de acuerdo a la Real Academia Española (RAE), describe el hecho de dejar sin vigencia, invalidar, cancelar o derogar una costumbre, un precepto o una ley. Cuando buscamos la etimología de la palabra, encontramos que abolición, viene del latín “*abolitio*”, que significa “anulación de una ley o de una costumbre mediante una disposición legal”.

La idea me surgió en la necesidad de confrontar, los conceptos erróneos que surgen en la Iglesia actual, por causa de mezclar todo lo que está en la Biblia. Ciertamente la Biblia es la Palabra inspirada por Dios, y es útil para redargüir, corregir e instruir en justicia (**2 Timoteo 3:16**). Pero esto no implica que todo lo que está escrito, puede ser usado como se nos da la gana. ¡Eso es ilegal!

Yo expresé esto en un video subido a YouTube, donde expliqué por ejemplo, que el versículo que dice: “*Todo lo puedo en Cristo...*” (**Filipenses 4:13**), no se puede utilizar para todo lo que se nos ocurre. Es ilegal que lo hagamos.

Nosotros podemos todo lo que Dios dice que debemos hacer, pero no podemos hacer todo lo que se nos ocurre a nosotros.

No podemos caminar sobre las aguas, si Dios no nos dice que lo hagamos. Intentarlo, es como tentar a Dios. Cuando el diablo le dijo a Jesús que se tirara del pináculo del templo, Él podría haberlo hecho, pero Jesús le dijo: ***“Escrito está, No tentarás al Señor tu Dios...” (Mateo 4:7)***. Es como si le dijera: *“Yo no me voy a tirar del pináculo del templo por una propuesta de Satanás, yo solo me tiraría si el Padre me dice que lo haga... Porque si el Padre me lo dice, seguro me respaldará...”*

Lo mismo ocurre con todo lo que nosotros emprendamos. No podemos decir “Todo lo puedo en Cristo”, y hacer lo que se nos da la gana, pensando que triunfaremos. Es ilegal utilizar la Palabra para nuestros caprichos. Cuando enseñé esto, me llovieron las críticas de hermanos que pusieron comentarios ofensivos, porque decían que yo intentaba evitar que usaran la Palabra con poder.

La opinión de ellos, no es más que el resultado de la ignorancia espiritual, y obviamente, no son culpables por eso. Lo que debe cambiar es la enseñanza de la Biblia, porque hay ministros que enseñan tomando versículos y torciéndolos procurando utilizarlos para que sean funcionales a sus deseos. De esta forma mezclan los pactos, las ordenanzas y los mandamientos de Dios. Mezclan la gracia con todos los pactos y hacen unas ensaladas que producen mucha confusión.

El problema de todo esto, es que dicen apoyarse en la Palabra de Dios, y es cierto que utilizan versículos, el problema es que los utilizan mal, haciéndolos respaldar lo que ellos quieren, pero sacándolos de su legítima intención. Cuando necesitan fundamentos para una idea, toman algunas demandas del Antiguo Testamento, y las presentan como actuales, pero no las pasan por la cruz. Debemos tener mucho cuidado con esto, porque la Palabra nunca debe ser un pretexto para nuestras ideas, por más líderes que podamos ser.

En primer lugar, debemos entender que la Biblia contiene dos Testamentos, el Antiguo y el Nuevo. El Antiguo Testamento, no es el Antiguo Pacto, sino que el Antiguo Testamento, contiene diferentes pactos, como el edénico, el adámico, el noético, el abrahámico, el mosaico o sinaítico, y el davídico. Por otra parte, el Nuevo Testamento, tampoco es el Nuevo Pacto, sino que contiene al Nuevo Pacto, pero este comienza después de la crucifixión y la obra consumada De Jesucristo, no a partir de **Mateo 1:1**.

Por lo tanto, todo lo que vivió Jesús, como el hijo del carpintero, y aun durante su ministerio de tres años, no son Nuevo Pacto, solo son parte del Nuevo Testamento. Ningunas de las enseñanzas de Jesús fueron dadas desde un Nuevo Pacto vigente. Es por eso, que nosotros, desde la vida del Nuevo Pacto en la persona de Cristo, debemos recordar sus enseñanzas he interpretarlas correctamente.

Las únicas enseñanzas que tenemos registradas de Jesús, luego de la resurrección, están resumidas en breves palabras. Él se apareció a más de quinientas personas (**1 Corintios 15:6**), lo hizo durante cuarenta días, con pruebas indubitables (**Hechos 1:3**), y les enseñó sobre el Reino, pero ninguna de esas enseñanzas quedaron registradas bíblicamente.

Cuando un pastor dice vamos al Nuevo Pacto, y habla de Bartimeo, de la mujer Samaritana, del joven rico, de Lázaro, de los milagros de Jesús, o incluso de sus parábolas, no está diciendo algo correcto. Ninguna de estas cosas acontecieron en el Nuevo Pacto. Está perfecto que las enseñemos, pero debemos hacerlo desde el entendimiento del Nuevo Pacto. Solo debemos tener en claro, cuando ocurrieron, y cómo interpretarlas correctamente.

En la Biblia también encontramos pactos concertados entre hombres, como el pacto que Abraham hizo con Abimelec (**Génesis 21:27**), o el famoso pacto entre David y Jonatán (**1 Samuel 18:3**). Encontramos pactos entre un individuo y un grupo de individuos (**Génesis 26:28; 1 Samuel 11:1 y 2**). Encontramos pactos en la esfera social (**Proverbios 2:17; Malaquías 2:14**). Encontramos pactos entre diferentes naciones (**Éxodo 23:32; Oseas 12:1**).

Encontramos que Dios puede considerar un pacto con Su creación (**Jeremías 32:20**). Puede Dios hacer un pacto con el hombre, como lo hizo con Adán (**Génesis 2:16 y 17**). Puede hacerlo con una familia en particular, como lo hizo con

la casa de David (**2 Samuel 7:16**). Con toda una nación, como lo hizo con Israel (**Éxodo 19:5**). O con toda la humanidad como lo declaró en la época de Noé (**Génesis 9:9**), o a través del pacto con Abraham (**Génesis 12:3**).

Luego encontramos el Nuevo Pacto, que no es un Pacto hecho por Dios con los hombres, sino con un solo hombre, Jesucristo Su Hijo. Él es el Nuevo Hombre y el Nuevo Pacto no es con nosotros, es entre el Padre y el Hijo. Nosotros por la gracia, entramos al Pacto en la vida de Cristo, pero Dios no hizo un pacto con nosotros, y eso también debe ser interpretado correctamente.

Ahora pensemos en la cantidad de conflictos que se pueden producir en la mente de un cristiano, cuando todos estos pactos, hechos y palabras, se juntan en diferentes enseñanzas. Los hermanos saben que todo esto está en la Biblia y si su líder dice algo, se supone que debe estar bien, pero la verdad es que hay tantas mezclas en la enseñanza, que difícilmente podemos llegar a dimensionarlas. El problema es que todas esas mezclas, terminan produciendo un gran daño a la expresión de vida que la Iglesia debe manifestar.

Por ejemplo, la Ley de Moisés fue dada a la nación de Israel, no a los cristianos. Algunas de las leyes se hicieron para que los Israelitas supieran cómo obedecer y agradar a Dios, por ejemplo, los diez mandamientos. Algunas Leyes eran para mostrarles a los judíos cómo adorar a Dios y cómo hacer expiación por el pecado. Por eso tenemos el sistema de sacrificios. Otras Leyes simplemente, eran para hacer a los

israelitas diferentes y mejores que las demás naciones, por ejemplo las reglas de alimentación, de vestimenta o de convivencia.

Ninguna de esas Leyes dadas a Israel, son aplicables a nosotros hoy como Ley. Ciertamente muchas de ellas, como el decálogo, son principios lógicos para la vida de Fe, pero esto implica los procesos de la Luz. Cuando Jesús murió en la cruz, nos introdujo al Nuevo Pacto y en esa acción abolió la Ley (**Romanos 10:4; Gálatas 3:23 al 25; Efesios 2:15**). Cuando tomamos una Ley y procuramos su cumplimiento, nos metemos en serios problemas. Si no pasamos por la cruz las enseñanzas que contienen, no producirán revelación, más bien producirán actitudes religiosas en hermanos que tratarán de ganar por obras, lo que ya recibieron por gracia.

En lugar de estar bajo la Ley del Antiguo Pacto con Israel, estamos bajo la ley de Cristo (**Gálatas 6:2**), esto implica darle vida a las palabras de Jesús: *“Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas”* (Mateo 22:37 al 40). Si hacemos estas dos cosas, estaremos cumpliendo con todo lo que Cristo quiere que hagamos: *“De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas”* (Mateo 22:40). Ahora bien, esto no significa que la ley del antiguo testamento sea irrelevante. Yo jamás diría algo así, ciertamente hoy en día, tenemos mucho que aprender de ella.

Muchos de los mandamientos de la ley del Antiguo Pacto con Israel, pertenecen a las categorías de “amar a Dios” y “amar al prójimo”. La ley del antiguo Pacto puede ser una buena guía para saber cómo amar a Dios y saber lo que implica amar al prójimo.

Al mismo tiempo, decir que la ley del antiguo Pacto, se aplica a los cristianos hoy en día es incorrecto. La Ley de Dios dada a Moisés para Su pueblo Israel fue abolida por Jesucristo. Si alguien enseña que hay que cumplir con una parte de ella, debe sujetarse a la Ley en su totalidad, lo cual generaría un gran problema para todos los cristianos (**Santiago 2:10**). Ese no es el diseño del Reino, pero reitero: Sí debemos aprender de la Ley.

“Pues este es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos”

1 Juan 5:3

Los diez mandamientos eran esencialmente un resumen de toda la ley del antiguo testamento. Sin embargo, nueve de los diez mandamientos están repetidos en el Nuevo Testamento. Todos, excepto el mandamiento de observar el Día de Reposo. Obviamente, si estamos amando a Dios, no estaremos adorando a otros dioses o adorando a ídolos. Si estamos amando a nuestro prójimo, no lo estaremos asesinando, mintiendo, cometiendo adulterio contra ellos, o codiciando lo que les pertenece.

El propósito de la Ley del antiguo testamento es justamente convencernos, de nuestra incapacidad para guardar la Ley, y apuntar a nuestra necesidad de Jesucristo como Salvador (**Romanos 7:7 al 9; Gálatas 3:24**). Dios nunca planeó que la Ley del antiguo testamento fuera Ley universal para todas las personas y para todos los tiempos. Debemos amar a Dios y a nuestro prójimo. Si obedecemos esos dos mandamientos fielmente, estaremos cumpliendo todo lo que Dios requiere de nosotros.

“Por una parte, la ley anterior queda anulada por ser inútil e ineficaz, ya que no perfeccionó nada. Y por la otra, se introduce una esperanza mejor, mediante la cual nos acercamos a Dios”.

Hebreos 7:18 y 19

Capítulo tres

MEZCLAS EN LA ENSEÑANZA

“Pueblo mío, los que te guían te engañan, y tuercen el curso de tus caminos”.

Isaías 3:12

Hace unos años, el Señor me permitió ver un pasaje muy conocido como el que relata la historia de la mujer que tocó el manto, y aprender una dura lección para la Iglesia actual. Las mujeres sin duda son en la Biblia hermosas figuras literarias para representar a la Iglesia. Eva, Sara, Rebeca, Raquel, Ascenat, Séfora, Ana, Rut, Ester, etc. Contienen con sus vidas, grandes enseñanzas para nosotros en este Nuevo Pacto.

Esta historia de la mujer enferma con flujo de sangre, que se acercó a Jesús con la idea de tocarlo para hallar su sanidad, fue muy reveladora para mí (**Lucas 8:43 al 48**). Yo pude ver, que en esa mujer también estaba la figura de la Iglesia, porque ella tenía un problema relacionado con la impureza. En esa época, una mujer en sus días de

menstruación, era absolutamente impura y no podía tocar nada, ni hacer nada, porque todo lo que tocaba era contaminado por su impureza.

Esta mujer enferma, sufría de flujo de sangre desde hacía doce años. Imaginemos lo que habrá sido su vida. Ella no podía ser fértil con esa enfermedad, no podía ser útil en su casa, porque todo lo que tocaba quedaba inmundo. No podía ser útil para la sociedad, porque no debía acercarse a la gente, ni tocar a nadie, porque contaminaba todo.

Cuando pude ver esto, el Señor ministró mi corazón y me dijo algo así: *“Esa mujer es como mi Iglesia, está contaminada por causa de las mezclas doctrinales, y no es tan fértil como debería ser, no es útil en casa, ni en la sociedad, porque es impura en su doctrina...”* ¡Por favor, prestemos atención a esto! No que la Iglesia sea impura, porque ha sido lavada con la sangre del Señor. La impureza no está en su esencia, sino en su doctrina, porque ha sido contaminada con la religiosidad y con distintas vertientes teológicas que Dios nunca determinó.

Yo quedé impactado por eso y medite mucho en esos días, porque yo tengo la responsabilidad de enseñar y ante eso, no quisiera ser de los que vuelven impura la doctrina, sino de aquellos que pueden purificarla para que una sana enseñanza pueda penetrar el sistema y producir vida conforme a su esencia.

El flujo de sangre representaba la impureza, de hecho, el período menstrual, tiene ese propósito de eliminar las impurezas del cuerpo a través de esa sangre contaminada y purificar el organismo de la mujer. La impureza, no es otra cosa que el resultado de una mezcla. Por ejemplo, si tenemos un vaso con agua pura, y de pronto le echamos una gota de agua de cloaca, nadie la tomará, porque dejó de ser agua pura y ahora está contaminada.

Cuando alguien bebe mucho alcohol, su cuerpo no alcanza a eliminarlo rápidamente, por lo tanto se mezcla con la sangre y la contamina por completo. El organismo tratará de purificar la sangre cuanto antes, pero mientras tanto, esa sangre contaminada recorrerá el torrente sanguíneo causando varios inconvenientes, como mareos, pérdida del equilibrio, pérdida de la realidad, náuseas, dolor de cabeza, etc.

La Iglesia es un cuerpo, y las mezclas doctrinales que está sufriendo hace ya varios años, la recorren continuamente, confundiéndola, mareándola y haciéndola perder el sentido de su realidad. La Iglesia no camina firme, parece inestable, insegura y como disgustada consigo misma.

Dios nos manda como Iglesia, a que vivamos en pureza espiritual, es decir, en completa unidad, y no podemos vivir en unidad, si contendemos continuamente con tanta variedad de doctrinas. Por supuesto, no me refiero a las doctrinas fundamentales, sino a las periféricas, que por cierto nos están causando mucho daño.

Con el tiempo comprendí, que la solución estaba en la unción, porque el manto de Jesús representa eso, y me di cuenta que la gran virtud de la mujer, fue acercarse a Jesús con humildad y con fe, arriesgando de manera absoluta su reputación, pero dispuesta a sanarse por completo. Entendamos, que si hubiesen descubierto su condición, en medio de toda la gente, tocando a todo el mundo para llegar a Jesús, podría haber sido apedreada por la multitud. Sin embargo, ella creyó, se acercó y lo tocó en busca de su pureza.

Yo comprendí, que si nos acercamos al Señor con fe, con humildad y con expectativa, de Su corazón, puede manar la sanidad para nosotros. Él puede impartirnos la pureza, solo debemos buscarla, tal como si fuera indispensable para volvernos fructíferos y efectivos.

Pero no son todos los hermanos, los que deben hacer esto, sino principalmente los que ejercemos un rol ministerial, porque nosotros somos los encargados de impartir las enseñanzas a todos los demás, y si nosotros como líderes, tenemos mezclas doctrinales, el pueblo también las tendrá y por el contrario, si nosotros nos alineamos a la voluntad del Espíritu Santo, el pueblo también lo hará con alegría.

Dios nos ayude en este tiempo, a ser ministros humildes, capaces de acercarnos a Él con todo el deseo de aprender, de ser corregidos, y de ser guiados por Su Espíritu Santo, a toda verdad y justicia. No debemos aferrarnos a las

doctrinas que nos enseñaron en los seminarios bíblicos, los institutos teológicos, o en la formación de nuestra denominación.

Debemos permitir que el Señor nos corrija todas las veces que sean necesarias. No debemos enojarnos cuando escuchamos algo nuevo o diferente. Más bien, debemos meditar sobre eso, orar, considerarlo muy bien y luego actuar. No importa cuán diferente pueda ser una enseñanza a lo que nosotros creemos saber, no debemos enojarnos con lo distinto, solo debemos meditar y permitir que el Espíritu Santo nos enseñe, si estamos equivocados, o no.

Los grandes reformadores, no vieron todo, ni pudieron reformar todo, pero tuvieron la capacidad de analizar puntos de vistas diferentes, y defender por medio de la Palabra, aquellas cosas que el Señor les fue revelando por Su Espíritu. Ellos no pretendieron ser transgresores, tampoco pretendían generar contiendas, solo que al leer las Escrituras, veían algunas cosas, que nada tenía que ver, con lo que otros estaban enseñando.

Ahora bien, ponernos del lado de los reformadores, no nos cuesta ningún trabajo, porque nos sentimos identificados por nuestra esencia. Sin embargo, ¿Qué pasa si en algunos casos, estamos reaccionando como las autoridades de Roma? ¡Qué vergüenza! ¿Acaso podemos olvidar que hubo millones de hermanos asesinados en las diferentes inquisiciones, tan solo por pensar diferente?

Amados, el espíritu de religiosidad es muy fuerte, porque está empoderado en el orgullo. Los religiosos procuraron matar a Jesús en la sinagoga, tan solo porque interpretó de manera diferente las Escrituras. Lo persiguieron durante todo su ministerio, y al final lo llevaron a las autoridades de Roma para que lo mataran. Incluso, utilizando falsos testigos, y todo lo hacían creyendo que estaban defendiendo la sana doctrina.

Condenaron a Juan el Bautista con sus opiniones, mataron a los apóstoles, mataron a miles de cristianos y se infiltraron en la Iglesia para contaminar el evangelio del Reino. Debemos estar bien claros, que el orgullo religioso, puede matar por una doctrina determinada, sin siquiera evaluar la posibilidad del error. Eso es absolutamente perverso. Si la Iglesia anhela la verdadera unidad, debe volverse en humildad absoluta, porque de lo contrario, será quebrantada por el Señor.

Lo que yo puedo ver, es que muchos ministros, no solo confunden el alcance de la gracia, sino que mezclan todos los pactos. Es muy común participar de una reunión en la cual, se comienza con un pasaje de Filipenses, se canta al Dios de Israel, se reflexiona sobre la adoración con un Salmo, se levanta la ofrenda con un pasaje de Levítico, se predica, sobre la vida de Abraham, se nombra a Moisés, se cita a Daniel y se termina con la historia de Zaqueo.

Es muy impresionante como utilizamos la Biblia, porque si bien es la Palabra de Dios, es necesario que

pasemos todo por la cruz, porque si no predicamos fundamentados en el Nuevo Pacto, lo que haremos puede ser una mezcla peligrosa y en muchos casos esclavizante.

Debemos tener mucho cuidado cuando citamos la Leyes dadas a Israel en el monte Sinaí, porque les fue dada a ellos, y a ningún otro pueblo de la tierra. Es cierto que la Ley es muy interesante porque es capaz de revelar la pecaminosidad de los hombres, pero la Ley solo funcionó con un hombre de corazón puro llamado Jesús. Por más que muchos se han esforzado, nadie más ha podido guardarla con eficiente integridad. A lo sumo, como expliqué en el capítulo anterior, lo que debemos hacer, es encontrar el sentido espiritual de la Ley, porque si el Espíritu Santo nos vivifica cualquier porción de las Escrituras, sin dudas, Su revelación, nos puede impulsar al propósito de Dios.

En **Levítico 26:46** dice: *“estos son los decretos, derechos y leyes que estableció Jehová entre sí y los hijos de Israel en el monte de Sinaí por mano de Moisés”*. Y en **27:34** dice: *“Estos son los mandamientos que ordenó Jehová a Moisés, para los hijos de Israel”*. Esto se refería a todo lo que había sido escrito por Moisés. En **Deuteronomio 5:2 y 3**, dice así: *“Jehová nuestro Dios hizo pacto con nosotros en Horeb. No con nuestros padres..., sino con nosotros, los que estamos aquí hoy”*.

Tenemos que comprender de una vez por todas, que nosotros no somos Israel. Es cierto que somos pueblo de Dios, pero antes no éramos Su pueblo, y andábamos sin fe y

sin pacto alguno. El privilegio de ser considerados como Su pueblo, fue producido por la gracia de una Persona, no por alguna decisión que hayamos tomado (**1 Pedro 2:10**).

“Por tanto, acordaos de que en otro tiempo vosotros, los gentiles en cuanto a la carne, erais llamados incircuncisión por la llamada circuncisión hecha con mano en la carne. En aquel tiempo estabais sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo. Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo. Porque él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación, aboliendo en su carne las enemistades, la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas, para crear en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo la paz, y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, matando en ella las enemistades”.

Efesios 2:11 al 16

Aquí Pablo deja muy en claro, que nosotros los gentiles, no éramos pueblo de Dios, no lo conocíamos, ni teníamos ninguna Ley que rigiera nuestra vida. Nosotros fuimos introducidos al Nuevo Pacto, por la gracia soberana de Dios, pero nunca nos convertimos en Israel, y nunca recibimos la Ley para la conducción de nuestras vidas.

En el Nuevo Pacto, se trata de un Nuevo Hombre, de un organismo vivo y espiritual, gobernado directamente por

el Espíritu Santo, con lo cual, la voluntad de Dios, es impresa en nuestros corazones, pero ya no las portamos en tablas de piedra. Esto lo explica claramente Pablo cuando escribió a los romanos diciendo: ***“Porque cuando los gentiles que no tienen ley, hacen por naturaleza lo que es de la ley, éstos, aunque no tengan ley, son ley para sí mismos, mostrando la obra de la ley escrita en sus corazones, dando testimonio su conciencia, y acusándoles o defendiéndoles sus razonamientos...”*** (Romanos 2:14 y 15).

Luego escribió a los corintios: ***“Heme hecho a los judíos como judío...; a los que están sujetos a la ley como sujeto a la ley. A los que son sin ley, como si yo fuera sin ley”*** (1Corintios 9:20 y 21). Aquí Pablo de una manera clara y terminante, determina que solamente los judíos estaban sujetos a la ley, pero los gentiles somos sin Ley.

De hecho, el mismo Pablo como judío convertido al cristianismo, decía que él ya no estaba sujeto a la Ley de los judíos que él tanto había guardado, sino que a partir de la vida recibida camino a Damasco, lo que conducía su vida era la ley de Cristo. ***“Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu. Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte”*** (Romanos 8:1 y 2).

El evangelio del Reino es para toda criatura (Marcos 16:15), pero el Señor, nunca envió a sus discípulos a predicar las demandas de la Ley. Cuando los apóstoles, en

cumplimiento del mandato de Cristo, predicaron a los gentiles que no tenían ley, su mensaje era: ***“Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo”***. (Hechos 16:31).

Después de los primeros años de la Iglesia, algunos judíos supuestamente cristianos, fueron de Jerusalén a Antioquía, para ver si aquellos hermanos guardaban la Ley de Moisés, y viéndolos con demasiada libertad, les empezaron a decir: ***“Si no os circuncidareis conforme al rito de Moisés no podéis ser salvos”*** (Hechos 15:1).

Pablo y Bernabé y otros obreros de aquella gran iglesia misionera, predicaban que el pecador era salvo, solamente por creer en Cristo, pero llegaron algunos de Judea, que pretendían enseñar que eso no era tan así, que tenían no solo debían creer en Cristo, sino que además, debían someterse a la Ley de Moisés. Esto alarmó a los cristianos de Antioquia, y suscitó una muy violenta discusión entre Pablo y Bernabé, con algunos de esos judíos procedentes de Jerusalén.

Como era muy lógico, los miembros de aquella iglesia quisieron aclarar de manera definitiva el asunto, porque estos judíos les generaron inseguridad, y ellos no estaban dispuestos a correr el riesgo de creerse salvos y estar equivocados. Pablo y Bernabé, hicieron todo lo necesario para que comprendieran la verdad, y no creo que algunos cristianos hoy, piensen que los apóstoles estaban equivocados.

La situación no se resolvió tan fácil, de hecho, Pablo y Bernabé, junto a una comisión de miembros de la Iglesia, tuvieron que viajar a Jerusalén y allí en presencia de los demás apóstoles, de los ancianos y de todos los creyentes, pudieron determinar claramente, que los gentiles no debían guardar la ley de Moisés.

Increíblemente, esto no fue fácil de determinar, porque había un grupo de la secta de los fariseos, que habían creído, que se levantaron diciendo: ***“Es necesario circuncidarlos, y mandarles que guarden la ley de Moisés”*** (Hechos 15:5). Sin dudas la reunión generó duros debates, porque estos hermanos que habían sido fariseos, pretendían que de todos modos los gentiles se sometieran a la ley de Moisés.

“Y después de mucha discusión, Pedro se levantó y les dijo: Varones hermanos, vosotros sabéis cómo ya hace algún tiempo que Dios escogió que los gentiles oyesen por mi boca la palabra del evangelio y creyesen. Y Dios, que conoce los corazones, les dio testimonio, dándoles el Espíritu Santo lo mismo que a nosotros; y ninguna diferencia hizo entre nosotros y ellos, purificando por la fe sus corazones. Ahora, pues, ¿por qué tentáis a Dios, poniendo sobre la cerviz de los discípulos un yugo que ni nuestros padres ni nosotros hemos podido llevar? Antes creemos que por la gracia del Señor Jesús seremos salvos, de igual modo que ellos...”

Hechos 15:7 al 11

Pedro puso las cosas en su lugar. Él dijo: Creemos que nosotros judíos, y ellos gentiles, todos somos salvos por la gracia del Señor Jesús mediante la fe, y no por llevar hasta la hora de la muerte un yugo pesadísimo e imposible. Sin dudas Pedro, apeló a sus experiencias pasadas, él sabía que Dios les había dado el don del Espíritu Santo a judíos y también a los gentiles. En la casa de Cornelio, todos habían comenzado a hablar en lenguas, incluso antes de bautizarse. Dios les había dado el Espíritu Santo a todos, sin hacer diferencia entre los que guardaban la Ley y los que no la seguían, dando así a entender que la salvación, de ninguna manera dependía de la observación de la Ley.

Después que Pedro terminó de hablar, también hablaron Pablo y Bernabé para abundar en la misma opinión que Pedro. Finalmente Jacobo, muy posiblemente hermano carnal de Jesús, y presidente de aquella asamblea, hizo el resumen y entre otras cosas dijo: ***“Por lo cual yo juzgo, que los que de los gentiles se conviertan a Dios no han de ser inquietados. Entonces pareció bien a los apóstoles, a los ancianos, con toda la iglesia, elegir varones de ellos, y enviarlos a Antioquía, con Pablo y Bernabé. Y escribir por mano de ellos; y decirles: Por cuanto hemos oído que algunos que han salido de nosotros, os han inquietado con palabras, trastornando vuestras almas, mandando circuncidaros y guardar la ley, a los cuales no mandamos”***.

Al fin, Pablo y Bernabé y los gentiles habían ganado la batalla, los fariseos judaizantes quedaron derrotados, desautorizados, y solo calificados como personas que sin

autoridad divina, generaron confusión, contienda y desviación de la verdad, cosa que de haber logrado, solo hubiera causado esclavitud en los gentiles que habían recibido la vida de Cristo, y la libertad verdadera.

La importancia de aquella asamblea celebrada en los primeros años de la Iglesia, debería ser determinante para toda denominación hoy en día. Es increíble que el Señor permita que esta situación vivida, quede escrita para testimonio a toda la Iglesia, y después de más de dos mil años, algunos la ignoren, metiendo nuevamente ciertos conceptos de la Ley que ya fue abolida por Cristo.

En esta asamblea de Jerusalén quedó bien en claro, que los gentiles nada tenemos que ver con la Ley de Moisés. Fue el momento preciso en que el asunto se debatió apostólicamente. Hay quienes descreen del ministerio apostólico de hoy, pero es lógico, porque ni siquiera consideran lo dicho por los primeros apóstoles. Mucho menos, escucharán a quienes hoy, tenemos la tarea de bajar ciertos lineamientos bajo una correcta interpretación.

Nunca han faltado, en toda la historia de la Iglesia, quienes se han encargado de hacer el mismo triste y desdichado trabajo, que aquellos cristianos judíos que, tomándose la tarea de viajar de Jerusalén hasta Antioquía, pusieron mucho empeño para sembrar dudas y confusión entre los hermanos.

En **Hechos 21:17 al 25**, tenemos otra situación trascendente para comprender los ataques que ha recibido la libertad de la Iglesia. En este caso, Pablo llegó a Jerusalén para compartir con los hermanos, quienes después de oírle, le advirtieron que en ese lugar, los ánimos estaban muy excitados en su contra.

Lo que ocurría, era que nuevamente, los hermanos de Jerusalén habían oído que Pablo estaba enseñando a los judíos a apartarse de la Ley de Moisés. En este caso, le recomendaron a Pablo, que hiciera una demostración de respeto a la Ley, para que la multitud vea que él como judío, no la estaba descalificando.

Sin embargo, es muy curioso ver, que los mismos que exigieron eso de Pablo, dijeron que ***“En cuanto a los gentiles que han creído, nosotros les hemos escrito determinando que no guarden nada de esto...”*** (Hechos 21:25). ¡Qué absurdo! Pablo por ser judío tenía que demostrar su abnegación a la Ley, pero los gentiles no era necesario que hicieran nada de eso. Pregunto: ¿Sería por eso que Pablo dijo que en Cristo no hay judío ni griego, no hay esclavo ni libre, no hay varón ni mujer, porque todos somos uno en Él? (Gálatas 3:28).

La verdad, es que ni judíos ni gentiles debemos guardar la Ley, porque ya fue abolida por Cristo. Y no me estoy refiriendo solamente a quienes hoy están judaizando en la Iglesia, que por cierto no son pocos. Sino a las mezclas sutiles que otros realizan. No es todo, no es mucho, y

tampoco son algunas cosas las que debemos guardar. La Ley está en la Biblia, y es bueno que sepamos las exigencias de Dios a su pueblo Israel, pero nosotros debemos vivir en Cristo, bajo la dirección del Espíritu Santo, quién debe vivificar la Palabra para darnos Luz respecto de su perfecta voluntad.

Nosotros no somos practicantes de una religión, nosotros vivimos en una Persona. Somos el Nuevo Hombre para manifestar la voluntad de Dios, a través de la ley del Espíritu y de la vida. Nosotros no guardamos preceptos religiosos, sino que guardamos la voluntad de Dios a través de la dirección del Espíritu Santo.

La Palabra de Dios es viva y eficaz, no es un reglamento de vida. Si la Palabra no es vivificada por el Espíritu, no es luz, y si no es luz, no produce libertad. La libertad de toda opresión de las tinieblas se produce por la luz. Las tinieblas son la ignorancia y la luz es la verdad, cuando conocemos la verdad, podemos ser verdaderamente libres (**Juan 8:32**), y eso es clave para la manifestación del Reino en los últimos tiempos. La esclavitud, ya fue abolida y los esclavos no gobiernan, debemos vivir como reyes no y como esclavos.

“De la Palabra nace la vida, y la Palabra, que es la vida, es también nuestra luz. La luz alumbrá en la oscuridad, ¡Y nada puede destruirla!

Juan 1:4 y 5 BLS

Capítulo cuatro

LA ABOLICIÓN DE LA LEY

“Entonces, ¿para qué sirve la ley? Fue añadida a causa de las transgresiones, hasta que viniese la simiente a quien fue hecha la promesa; y fue ordenada por medio de ángeles en mano de un mediador.

Y el mediador no lo es de uno solo; pero Dios es uno. ¿Luego la ley es contraria a las promesas de Dios? En ninguna manera; porque si la ley dada pudiera vivificar, la justicia fuera verdaderamente por la ley.

Mas la Escritura lo encerró todo bajo pecado, para que la promesa que es por la fe en Jesucristo fuese dada a los creyentes”

Gálatas 3:19 al 22

Aquí Pablo dice, que la Ley se introdujo, por causa de las transgresiones, o mejor dicho, para producirlas. Pablo no está diciendo que había tanto pecado, que Dios estableció la Ley. Dice que para que haya pecado, tuvo que haber una Ley. No se puede condenar a una persona por hacer algo que no está prohibido. Por tanto, la función de la Ley es definir el pecado más allá de una fruta.

El problema de la Ley, es que, aunque la Ley puede definir el pecado no puede hacer nada en absoluto para remediarlo. Es como pasa hoy en día, en nuestra sociedad. Hay leyes contra los robos y sin embargo, la gente sigue robando. Hay leyes contra los homicidios y la gente sigue matando igual. Las cárceles están llenas de personas que, están privadas de su libertad, justamente por transgredir esas leyes.

El tema, es que nadie está ahí, por matar inocentemente, es como decir: *“Bueno señor juez, yo lo maté, pero no tenía idea de que no se debía hacer...”* Todos los asesinos lo saben, y sin embargo, en algún momento, lo hicieron igual. Los ladrones roban, tratando de ocultarse, se ponen ropas oscuras, pasamontañas para tapar sus caras, lo hacen de noche, andan en silencio y además se esconden, porque ellos saben, que lo que están haciendo, está penado por la Ley, y que, si llega la policía, van presos.

En otras palabras, la Ley puede ser buena, porque trata de ordenar la sociedad, pero no resuelve el problema del hombre. Por eso, las cárceles están abarrotadas de presos. Así mismo con la ley de Dios, Pablo dijo a los romanos:

***“¿Qué diremos, pues? ¿La ley es pecado?
En ninguna manera. Pero yo no conocí el pecado
Sino por la ley; porque tampoco conociera la codicia,
Si la ley no dijera: No codiciarás”***

Romanos 7:7

Lo que estaba diciendo es, yo sin ley, puedo codiciar todo lo que quiero y no estoy pecando. Pero hecha la Ley, se produjo el pecado.

“Cuando no hay ley, el pecado no tiene ningún poder. Pero el pecado usó ese mandamiento de la ley, y me hizo desear toda clase de mal. Cuando yo todavía no conocía la ley, vivía tranquilo; pero cuando conocí la ley, me di cuenta de que era un gran pecador y de que vivía alejado de Dios. Fue así como la ley, que debió haberme dado la vida eterna, más bien me dio la muerte eterna”

Romanos 7:8 al 10 VLS

El pueblo de Israel, pensó que la Ley, estaba resolviendo sus problemas ante Dios y por eso la guardaban. Pablo les estaba haciendo ver, que la Ley, les generaba problemas ante Dios y la única forma de resolverlos era la gracia.

Es decir, quien trate de llegar a la debida comunión con Dios por medio de la Ley, se dará cuenta de que no puede cumplirla, y se verá guiado a reconocer, que lo único que puede hacer, es aceptar la maravillosa Gracia que Jesucristo vino a revelar a la humanidad.

“Pues la ley por medio de Moisés fue dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo”

Juan 1:17

“*Mitzvá*”, es una palabra hebrea que significa mandamiento, ordenanza, encomienda, precepto. Y el judaísmo la utiliza, para referirse a los **613** preceptos bíblicos de la Torá, que son los primeros cinco libros de nuestra Biblia. Es decir, no se trataba solo de los diez mandamientos, sino de todos los mandamientos que estaban expresados en la Torá y de aquellos, que incluso, en un incomprensible impulso legalista, ellos mismos agregaban.

Nosotros sabemos que, en el mismo relato bíblico, dice que la Ley fue dada directamente por Dios a Moisés. Sin embargo, los judíos de la época de Pablo, consideraban, que la Ley no había sido dada por Dios directamente. Los rabinos, estaban tan impresionados con la santidad de Dios, que creían que era totalmente imposible que Él, tratara directamente con los seres humanos; por tanto, a través de sus tradiciones, introdujeron la idea de que la Ley fue dada primero a los ángeles, y luego, por medio de los ángeles a Moisés (**Hechos 7:53; Hebreos 2:2**). Por eso Pablo, en un juego de palabras, pone a la Ley en una doble distancia de Dios, comparada con la promesa, que fue dada directamente por Dios.

Por otra parte, si una Ley es quebrantada, el acuerdo de bendición es nulo, porque la ley es condicional. Por ejemplo, en Argentina, nos aseguran plena libertad democrática, pero si alguien quebranta la ley, cometiendo un delito, su libertad es cancelada automáticamente y lo ponen tras las rejas. Bueno, al menos es así, en todos los casos en los que no se encuentre corrupción.

Las promesas hechas a Abraham, eran incondicionales. Es decir, toda descendencia de Abraham podría disfrutar de sus bendiciones. Si bien es cierto, que ser obedientes o ser desobedientes, condicionaban resultados momentáneos, el pacto era inalterable, porque había surgido de Dios.

El propósito esencial de Dios para bendecir a Israel, para revelarse a sí mismo a través de ellos, para introducirlos a la Tierra Prometida, y para proveer redención a través de la simiente, fue absolutamente soberano, porque todo dependió del poder y de la voluntad de Dios, no de las acciones de los hombres. Es por eso, que a pesar de tantos errores humanos, sus planes se siguen concretando hasta nuestros días, y ciertamente así ocurrirá, hasta la manifestación absoluta de Su Reino.

Las infidelidades del pueblo, podían retrasar los planes, pero no podían anular el pacto. A pesar de los muchos fracasos de Israel en el Antiguo Testamento, Dios se reveló a sí mismo y encauzó la escritura de los textos sagrados, y finalmente nació Cristo, vivió y murió y se levantó resucitando exactamente como la Palabra de Dios lo había anticipado. A pesar del fracaso humano, los propósitos de Dios son ciertos y absolutos en su cumplimiento.

La única justicia, que Abraham tuvo que expresar, fue simplemente creer (**Gálatas 3:6**), al igual que todos nosotros.

“por lo cual también su fe le fue contada por justicia.

Y no solamente con respecto a él se escribió que le fue contada, sino también con respecto a nosotros a quienes ha de ser contada, esto es, a los que creemos en el que levantó de los muertos a Jesús, Señor nuestro, el cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación”

Romanos 4:22 al 25

La Gracia, a diferencia de la Ley, depende de una sola persona “Jesucristo” y no de nosotros. Tampoco podemos hacer nada para alterarla, el amor y la Gracia de Dios permanecen inalterables (**2 Timoteo 2:13**).

Este concepto, que parece tan maravillosamente conveniente, es observado por corazones en luz. Porque de no ser así, la libertad, se puede convertir en libertinaje. Por eso Pablo enseñó a los romanos.

“¿Qué, pues, diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? En ninguna manera.

***Porque los que hemos muerto al pecado,
¿Cómo viviremos aún en él?”***

Romanos 6:1 y 2

Ninguno de nosotros merecía una salvación tan grande como la que Dios nos ha dado, aun cuando éramos pecadores y no merecíamos perdón, Dios nos perdonó, nos limpió de todo pecado y ahora nos ha dado una nueva vida en Cristo. Así es su Gracia.

Lo triste de esto, es que muchos utilizan la gracia como una licencia para pecar, pues hay quienes piensan que la Gracia de Dios permite que no estemos bajo ninguna Ley y eso no es real. Debemos comprender la abolición de la Ley correcta, porque ahora estamos bajo la Ley de la vida y el Espíritu.

“Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu. Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte”

Romanos 8:1 y 2

El evangelio del Reino, implica que, en este Pacto, hemos recibido la Persona del Espíritu Santo y Él es quién nos guía a toda verdad y justicia (**Juan 16:13**). Si deseamos vivir en la legalidad del Reino y no en el legalismo religiosos, debemos dejarnos guiar por el Espíritu (**Romanos 8:14**), en obediencia voluntaria, ya que ahora estamos capacitados por Él mismo.

Quien pone en nosotros, el querer como el hacer (**Filipenses 2:13**), y que, en Su plenitud, no nos deja excusas, para vivir, como Dios desea que vivamos. Reitero estos conceptos, porque son la clave del evangelio del Reino. Cualquier hijo de Dios, que medita en esto y pide revelación, será liberado de toda esclavitud religiosa.

“Y el Dios de paz que resucitó de los muertos a nuestro Señor Jesucristo, el gran pastor de las ovejas, por la sangre del pacto eterno, os haga aptos en toda obra buena para que hagáis su voluntad, haciendo él en vosotros lo que es agradable delante de él por Jesucristo; al cual sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén”

Hebreos 13:20 y 21

Vivimos un pacto inalterable y maravilloso. No debemos hacer nada para ser. Por el contrario, debemos ser en Cristo, para hacer conforme a Su voluntad. La Ley basaba su efectividad, en las obras de los hombres. La Gracia está basada en la efectividad de un hombre: “Jesucristo”. Es por eso, que este pacto es inalterable, porque no depende de nosotros, sino de Él.

“Para la ley estoy muerto, y lo estoy por causa de la ley misma. Sin embargo, ¡ahora vivo para Dios!

En realidad, también yo he muerto en la cruz, junto con Jesucristo. Y ya no soy yo el que vive, sino que es Jesucristo el que vive en mí. Y ahora vivo gracias a mi confianza en el Hijo de Dios, porque él me amó y quiso morir para salvarme. No rechazo el amor de Dios. Porque si él nos aceptara sólo porque obedecemos la ley, entonces de nada serviría que Cristo haya muerto”

Gálatas 2:19 al 21 VLS

Quisiera mencionar ahora la operación del judaísmo en la iglesia de hoy en día, porque estamos asistiendo a la moda de imponen prácticas judías en el culto cristiano; danza,

música, símbolos, vestuario, celebraciones de festividades y rituales judaicos, etc. Esta inclinación amorosa hacia Israel, tiene cierta lógica, porque al entrar en la vida de Cristo, entramos al Nuevo Pacto, pero de alguna manera, también lo hacemos en Su esencia, ante lo cual Israel, tiene un rol trascendente, pero debemos tener mucho cuidado. De amar a Israel, a practicar el judaísmo hay una gran brecha que no debemos atravesar. ¡Nosotros somos ahora, una nación celestial, no somos la Israel terrenal!

“Pues si algunas de las ramas fueron desgajadas, y tú, siendo olivo silvestre, has sido injertado en lugar de ellas, y has sido hecho participante de la raíz y de la rica savia del olivo, no te jactes contra las ramas; y si te jactas, sabe que no sustentas tú a la raíz, sino la raíz a ti”

Romanos 11:17 y 18

La fusión que hemos experimentado con Cristo en nuestro espíritu se ha convertido en el centro base de dirección de nuestra vida. Ahora Jesús, nos dirige por medio de Su Espíritu, el cual nos guía, nos impulsa, nos dirige a través de nuestro ser interior. A su vez, Jesucristo, nos ha metido en Su cuerpo, que es la Iglesia; y ciertamente nos ha conectado con Israel, porque compartimos un mismo destino, pero no somos Israel, más bien ellos serán unidos a nosotros en la plena manifestación del Nuevo Hombre.

Ahora estamos unidos a la familia de Abraham y participamos de los pactos y las promesas que desembocan en Cristo. No se puede estar unido a Cristo y separado de

Israel, eso es sencillamente imposible, porque en Su esencia, hay muchas promesas, así como la revelación profética del plan eterno. Pablo lo hace saber muy bien en la carta a los Gálatas. Es decir, cuando él, les plantea a los hermanos, no caer en las obras de la Ley, no desconoce la comunión con Israel, pero les aclara muy bien, que la unión respecto a las promesas y la bendición, no incluye judaizar.

“Sabed, por tanto, que los que son de fe, éstos son hijos de Abraham. Y la Escritura, previendo que Dios había de justificar por la fe a los gentiles, dio de antemano la buena nueva a Abraham, diciendo: En ti serán benditas todas las naciones. De modo que los de la fe son bendecidos con el creyente Abraham”

Gálatas 3:7 al 9

La iglesia no ha substituido al pueblo de Israel. Los gentiles hemos sido unidos a Israel en un solo y nuevo hombre (**Efesios 2:14**). No hay separación en Cristo, sino acercamiento. El cristianismo no puede existir sin reconocer su trasfondo, su historia, y su vinculación con Israel. El nuevo templo, la iglesia, está compuesto de judíos y gentiles. Sin embargo, hay una nación llamada Israel, con la que Dios tiene planes eternos; y aunque todavía no han recibido al Mesías, como nación, un día Israel recibirá al Mesías por primera vez. Y será cuando para nosotros venga por segunda vez.

No debemos ignorar al pueblo judío, estamos ligados a su pasado y tenemos un futuro común. La iglesia tiene hoy

la responsabilidad de reconocer, consolar y apoyar el establecimiento del Estado de Israel. Debemos orar por Israel y honrarlos, porque esa es la voluntad de Dios, pero nosotros no fuimos introducidos a Israel, sino que los judíos que han creído, los que creerán, y todos los cristianos, hemos sido introducidos en la vida de Cristo, que es el Nuevo Hombre.

Lo que no debemos hacer, es comportarnos como si fuéramos Israel. No es necesario que tomemos de su cultura para expresar nuestra fe. Hoy en día, hay algunos, que incluso, están buscando sus “raíces judías”, analizando los apellidos y tratando de buscar su genealogía que los conecte con la supuesta bendición de Israel, pero eso no tiene lógica, nosotros somos benditos en Cristo (**Efesios 1:3**) y Él es nuestra única raíz (**Apocalipsis 22:16**).

Hay un hecho histórico, que algunos están indagando, y es que muchos judíos, que vivieron en España durante la persecución de los reyes católicos, tuvieron que irse, o cambiarse el nombre para hacerse aparentemente cristianos, tratando de salvar sus vidas de la santa inquisición.

A estos se les consideraba, en términos despectivos como, “judíos marranos”. Con los años, muchos inmigrantes se trasladaron a estas tierras y es posible que, entre los hispanoamericanos haya muchos descendientes de judíos marranos, también llamados “sefarditas”. Por tal motivo, muchos cristianos están buscando en su genealogía, la posibilidad de tener raíces judías, como si eso realmente, pudiera cambiar su estatus espiritual.

Los cristianos que comienzan a judaizar, creen que el pacto que vivimos hoy, solo ha sido hecho con los judíos, porque Jesús era judío y por todas las promesas hechas por el Señor a Israel. Por tanto, ellos creen que para recibir las bendiciones del nuevo pacto, debemos estar injertados y concluyen, que si estamos injertados, debemos absorber, toda la condición judía y cumplir con la Ley en la persona de Cristo.

Ellos comienzan a dar una gran trascendencia al idioma hebreo. Consideran que es el vocabulario santo y la pureza de labios implica usar todas las palabras hebreas, para invocar a Dios y para todo ritual. Por lo tanto, ya no es Jehová como dice para nosotros la versión Reina Valera, sino Yahveh, en hebreo: יהוה, YHWH, o Elohim.

Tampoco es para ellos Jesús, como le decimos normalmente, sino Yeshua, que además es la versión corta del nombre Yehoshua. Al Espíritu Santo, tampoco le llaman así, porque en realidad se le debe llamar “Ruaj Hakodesh”. Por supuesto, que no voy a discutir la verdad, detrás de esos nombres, porque están ahí. Lo que si digo, es que no es algo trascendente como lo llegan a considerar. Dios nos escucha y nos acepta, cuando le decimos Señor, Dios, Jehová o Padre. También nos comprende cuando hablamos o actuamos en el nombre de Jesús. Incluso, los demonios salen de las personas, cuando los echamos en ese nombre.

Cada idioma del mundo, tiene una pronunciación diferente para los nombres y si analizáramos el nombre de

Jesús en francés, alemán, mandarín o inglés, por citar algunos, encontraríamos grandes diferencias. Pero Dios, nos entiende a todos. No nos ignora, obligando a que hablemos solo en hebreo y no hará ninguna diferencia en su actuación, por considerar el idioma con el cual le hablemos.

Como expresé anteriormente, también hay muchos hermanos, que generan cierta idolatría sobre Jerusalén, por ser la ciudad santa. Consideran la necesidad de pisar esa tierra, tomarse fotos orando en el muro de los lamentos y dejar un pedido de oración entre sus piedras. Yo no tengo problemas con el turismo a Jerusalén, así como es lindo conocer algunos pintorescos lugares del mundo, conocer Jerusalén es algo hermoso, por su historia y por todo lo que ocurrió ahí y lo que ocurrirá. Sin embargo, no debemos caer en idolatría.

La Jerusalén celestial es la iglesia y nosotros somos el templo del Señor. Pensar que un lugar determinado, tiene una unción especial, es peligroso. Sobre todo, cuando debemos cultivar la consciencia de que nosotros, somos la morada de Dios en este Nuevo Pacto.

Luego comienzan a guardar las fiestas solemnes dadas por medio de Moisés, creyendo que siguen en vigencia perpetua y por tanto todo creyente debe guardarlas y practicarlas. Algunos lo hacen en un sentido profético, pero al final las practican cada año y eso ya no es un ritual necesario. De hecho, utilizan el calendario hebreo y se guían

por la luna nueva y creen que respetar el calendario gregoriano es adorar la bestia.

Es verdad que los judíos creyentes del primer siglo, continuaron celebrando las fiestas bíblicas, y también lo hacían los gentiles cristianos, porque ellos fueron inevitablemente influenciados por la cultura y las costumbres judías. Y Pablo mismo, no tenía problemas con eso, de hecho, él venía celebrando las fiestas y viviendo bajo las presiones de los que guardaban la tradición. Sin embargo, también advirtió sobre esto diciendo:

“Por tanto, que nadie os critique por lo que coméis o bebéis, o por cuestiones tales como los días de fiesta, las lunas nuevas y los sábados. Todo esto no es sino la sombra de lo que ha de venir, pero la realidad misma es Cristo”

Colosenses 2:16 y 17 DHH

Algunos, por otra parte, se imponen guardar rituales, leyes y ceremonias de la Torá, en hebreo, תּוֹרָה Torah, creyendo que todavía están vigentes y que deben ser cumplidos en menor o mayor grado. Utilizan para ello, la música hebrea, su danza y sus tradiciones, haciendo también necesarios la introducción de objetos como el kipá, el talit, el tefilín o las filacterias, la menorá, la estrella de David, el shofar, y objetos como estos.

Muchos implementan la circuncisión en los hombres, al grado de considerarla como vital para vivir en pacto con el

Señor. Los judaizantes estaban demasiado conscientes del hecho de que por más de 1.500 años, Dios había tratado exclusivamente con el pueblo judío.

Durante ese tiempo cualquier persona de otra nación que llegaba a ser adorador del Señor, tenía que hacerse prosélito, es decir, converso al judaísmo. A tal persona se le circuncidaba y se le mandaba observar la ley de Moisés, y esto era precisamente lo que los judaizantes siguen pretendiendo, en el caso de todo nuevo creyente.

En ocasiones, cristianos de débil fundamento en la Palabra y pobre compromiso con la verdad, son presa fácil de estos vientos de doctrina y estratagema de engañadores. Su alimento no es la Palabra, sino otras fuentes de dudosa confiabilidad, como lo es alguna literatura cristiana actual, una buena parte de la música que se produce y la pobreza teológica de algunos predicadores y maestros que aparecen en los medios masivos.

“Porque él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación, aboliendo en su carne las enemistades, la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas, para crear en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre...”

Efesios 2:14 y 15

Este pasaje enseña que la ley de mandamientos expresados en ordenanzas fue abolida y que por un mismo Espíritu tanto judíos como gentiles tenemos entrada al Padre.

En Cristo, judíos y gentiles pertenecemos a la misma familia de Dios, que es Su Iglesia. La única edificada sobre el fundamento de los apóstoles, que es Jesucristo mismo (**1 Corintios 3:11**).

Nadie se salva por ser judío, ni tampoco es necesario el adoptar la cultura y las prácticas del judaísmo para ser fieles discípulos de Jesucristo. En otras palabras, el ser judío, o el no serlo es inmaterial para fines de la herencia de la vida eterna y el propósito terrenal. Sólo la fe en Cristo es lo que cuenta. Por eso dice también el apóstol Pablo:

“¿Qué, pues? ¿Somos nosotros mejores que ellos? En ninguna manera; pues ya hemos acusado a judíos y a gentiles, que todos están bajo pecado”

Romanos 3:9

En términos espirituales para Dios es lo mismo un judío impío que un gentil impío. No hay una salvación especial para el pueblo judío y otra para los gentiles. La única puerta para ellos, al igual que para nosotros es recibir la vida de Cristo.

Como también en Oseas dice:

***“Llamaré pueblo mío al que no era mi pueblo,
Y a la no amada, amada.***

Y en el lugar donde se les dijo: Vosotros no sois pueblo mío, Allí serán llamados hijos del Dios viviente”

Romanos 9:25 y 26

Capítulo cinco

LA LEY DE LA VIDA EN EL CORAZÓN

*Dame, hijo mío, tu corazón,
Y miren tus ojos por mis caminos.*

Proverbios 23:26

Yo sé muy bien, que esto de que la ley ha sido abolida suena muy fuerte para muchos hermanos. Ellos llegan a pensar que uno está agrediendo o descalificando la Palabra. Quienes piensan así, no comprenden que en realidad, la sustancia moral de la Ley de Dios, no solo está presente, sino que ha estado eternamente en Dios y en el hombre desde la creación misma. Eso no puede modificarse y nadie puede, ni podrá abolirlo jamás.

La esencia de Dios es absolutamente pura y santa. Su vida en nosotros produce por naturaleza el bien. Lo que se corrompió en el hombre, generó la división con Dios (**Isaías 59:2**). La comunión espiritual, que permite la regeneración y la vida en Cristo, trae al hombre nuevamente el bien que había perdido. El conocimiento de la Palabra desde la vida del Espíritu Santo, produce el querer del bien, de forma

natural y genuina. No hay imposición en eso, solo hay revelación.

Cuando la presencia de Dios está, Su voluntad siempre pesa en nuestras vidas, aun cuando no tuviésemos todo el conocimiento de la Palabra. La ley de Moisés, no puede describir a Dios, solo grafica la estructura de algunas demandas. Lo único que puede generar el discernimiento correcto de la perfecta voluntad de Dios, es nuestra comunión con Él.

Eso es lo que los religiosos nunca han podido entender, para ellos no hacer nada el sábado, es simplemente no hacer nada el sábado. No importa si alguien está muriendo y necesita ayuda, tal como le ocurrió a Jesús con una mujer que llevaba dieciocho años encorvada. Él la sanó un sábado y el jefe de la sinagoga indignado, intervino a los gritos, cuestionando públicamente a Jesús (**Lucas 13:10 al 17**). Eso es ver la Ley, pero desconocer la vida y la esencia del amor de Dios.

Un padre, puede dejar una lista de cosas a un hijo para que las haga en obediencia. Esa nota puede expresar la voluntad del padre, pero no necesariamente expresará el sentir de lo que el padre realmente desea. Si el hijo ama de verdad al padre y realmente lo conoce, interpretará exactamente lo que el padre quiso decir en cada pedido. Es decir, hará todo en el entendimiento de la voluntad del padre, no solo conforme a las palabras escritas en una lista.

Eso fue lo que hizo Jesús, Él no vino a burlarse de la Ley, porque la Ley fue dada por el Padre. Él no fue como un segundo Absalón, quién criticó el gobierno de su padre. Jesús cumplió la Ley, porque si no lo hubiese hecho, habría pecado, pero Él lo hizo de corazón sincero, y bajo la dirección del Espíritu Santo. Jesús no discutió la legalidad de la Ley, sino el legalismo de los religiosos, impregnado de hipocresía.

El aspecto moral de la Ley dada a Moisés en el Sinaí, fue la instrucción dada a Israel, en cuanto a sus obligaciones que, siempre habían existido en la voluntad de Dios para los hombres. Toda ley es susceptible de cambio, o de abolición, pero sólo por el legislador, y en este caso es Dios. En la muerte de Cristo murió la letra de la Ley, siendo cumplida y abolida, pero la esencia moral de la Ley, se expresó no en tablas de piedra que se podían romper, sino que espiritualmente quedan escrita en los corazones de los santos.

El Señor dijo: ***“Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne”*** (Ezequiel 36:26). Él nos da vida en el espíritu, y quita la piedra de nosotros, luego escribe Su voluntad a través de la Palabra viva, que es Cristo. Ahora Él es la Ley y Él es la vida en nosotros.

Los que pretendan estar bajo el régimen de la letra de la Ley escrita en tablas de piedra, no podrán estar en Cristo, no pueden estarlo, porque la letra mata, la piedra no tiene vida. La Ley produce muerte, por eso cuando Moisés bajó del

Sinaí, murieron tres mil personas. En cambio el Espíritu vivifica la Palabra, la voluntad de Dios produce vida y bendición. Por eso cuando descendió el Espíritu Santo en el pentecostés, recibieron la vida tres mil personas.

La religión está llena de obras muertas (**Hebreos 9:14**), Dios no recibe eso con agrado, Él nos dio vida y nos purificó la consciencia para que dejemos las obras muertas, y caminemos por las obras que Él ha preparado de antemano para que andemos en ellas (**Efesios 2:10**).

Como cristianos renacidos, no tendremos ni aceptaremos ningún ídolo o dios, aparte del Señor. Honraremos a Dios en todos los aspectos de nuestra vida, con todos nuestros dichos y todos nuestros hechos. Honraremos a nuestros padres, amaremos al prójimo, no robaremos, no mataremos, no mentiremos, no adulteraremos, y no haremos nada indebido. Sabremos si es que debemos descansar y cuando hacerlo. Estaremos en todo tiempo, pidiendo dirección divina en todo. Solo nos complaceremos en hacer la voluntad del Padre y si en algo fallamos, lo confesaremos rápidamente y de corazón.

Puede que no conozcamos el Decálogo de memoria, pero no importa, no es necesario. Nuestra vida no fluye de una lista de demandas que retenemos en nuestra cabeza, sino del Espíritu Santo que en todo tiempo nos trae convicción. Simplemente el Señor ha grabado en lo más íntimo de nuestro ser todas Sus demandas, y Él mismo nos mostrará el camino para que podamos obedecerle.

Hace un tiempo, unos hermanos que me han escuchado predicar en varias ocasiones, me preguntaban en una cena, cómo hacía para recordar tantos versículos de memoria. Se sorprendieron mucho, cuando les dije que en realidad no tenía tantos versículos en mi memoria, no soy muy bueno para recordarlos así. Yo estoy todos los días encima de la Palabra y el depósito está en mi espíritu, no en mi cabeza, por eso cuando predico, el Señor me trae de ese depósito lo que necesita decir a través de mi boca.

Si alguien intentara jugar conmigo un “espadeo bíblico” como juegan muchos, es muy probable que me gane, primero porque no me gusta ese juego, pero en segundo lugar, porque ese juego está basado en memoria pero no en sabiduría. Recordar un versículo bíblico para jugar no significa absolutamente nada para la vida espiritual. Lo importante es que ese versículo esté en nuestro espíritu, para ser demandado por la vida en el momento que sea necesario.

La sabiduría espiritual, proviene de la vida espiritual, no de la mente. El gran problema de los religiosos, es que basan su vida ministerial, en la formación teológica que tienen, ese es el fundamento por el cual rigen sus vidas. Ellos no tienen discernimiento espiritual, para encontrar la voluntad de Dios, necesitan un versículo, porque no comprenden la dinámica de vida generada por el Espíritu.

Yo creo que la abolición de la Ley es el punto que más debemos conocer, si es que pretendemos luchar eficazmente contra las especulaciones generadas, por los enemigos de la

gracia. En este Nuevo Pacto que vivimos, no debemos abandonar bajo ningún concepto, las dimensiones de la gracia, pues el éxito final de toda discusión estará en poder interpretar correctamente la voluntad de Dios.

Todo depende de la revelación de la gracia que podamos tener. Allí debe empezar y allí debe terminar todo conflicto. Salir a otro campo es sólo perder el tiempo, con fortalezas humanas, con estructuras religiosas y con obras muertas para Dios. Los llamados por Pablo como los enemigos de la cruz de Cristo **Filipenses 3:18**, son cristianos que no creen en la obra consumada de Cristo, o porque ignoran el gran costo del pecado, o porque creen en su propia justicia.

Para comprender los verdaderos motivos de la Ley dada a Israel, debemos ir más atrás, porque Israel comienza a ser una realidad en una persona de fe llamada Abraham. De la simiente de Abraham, nacería Isaac, de Isaac nacería Jacob, luego nombrado como Israel por el Señor. De Israel nacieron doce hijos que entraron en Egipto como una familia, por medio de José.

Luego de más de cuatrocientos años, salieron como una nación, por medio de Moisés. En el monte Sinaí, el Señor les entregó los diez mandamientos y luego la totalidad de la Ley, para que sean una gran nación, única y poderosa, denominada por Dios como Su especial tesoro (**Éxodo 19:5**).

Comprender los motivos de Dios con Israel es clave, porque de esa nación nacería el Mesías y de Él el Nuevo Hombre, compuesto por todos los escogidos tocados por la gracia del Señor. El Nuevo Hombre es espiritual y eterno, es quién puede consumir la misión que Adán no pudo. Es por eso que la proclamación del Reino, no es para terminar sobre una nube, sino sobre la tierra, gobernando la creación bajo la autoridad del Padre.

El llamamiento de Abraham, no estaba basado en que le daría un hijo, sino que en él, serían benditas todas las familias de la tierra (**Génesis 12:3**), para lo cual, era necesario no solo el nacimiento de un hijo, sino también la creación de una nación.

Pero ¿Cómo alcanzarán la bendición todas las familias de la tierra? Algunos dirán simplemente que es por la fe, y en cierto modo es cierto, pero no es solo la fe, sino primeramente la vida. Es decir, la bendición nos alcanza por naturaleza, no por simplemente por creer. Nosotros recibimos la vida y la vida es la luz de los hombres (**Juan 1:4**), al ver creemos, pero no desde una fe almática, sino por una fe otorgada por la misma vida recibida (**Romanos 12:3**).

La luz nos permite vernos en Cristo y como Él es el bendito, nosotros también lo somos. La bendición no está vinculada a las cosas, sino a la naturaleza que recibimos en Cristo. La promesa de Abraham fue a través de la simiente. ¿A qué simiente se refería la promesa de Dios?: “A Cristo”,

Él es la simiente, Pablo escribió en **Gálatas 3:16**: ***“Y a tu simiente la cual es Cristo”***.

Ante esto, debemos tener en cuenta, que la promesa hecha a Abraham, estuvo basada en la soberanía de Dios, por eso no encerraba ninguna condición, y aunque Dios le dijo al patriarca ***“Anda delante de mí y sé perfecto...”*** (**Génesis 17:1**), fue Él mismo, quién se encargó de la consumación de Su propósito eterno.

“Ahora bien, a Abraham fueron hechas las promesas, y a su simiente. No dice: Y a las simientes, como si hablase de muchos, sino como de uno: Y a tu simiente, la cual es Cristo. Esto, pues, digo: El pacto previamente ratificado por Dios para con Cristo, la ley que vino cuatrocientos treinta años después, no lo abroga, para invalidar la promesa. Porque si la herencia es por la ley, ya no es por la promesa; pero Dios la concedió a Abraham mediante la promesa”.

Gálatas 3:16 al 18

Aquí vemos claramente que el pacto con Abraham, fue incondicional, nacido y sostenido soberanamente. Estuvo basado en una promesa, que era nada menos que Jesucristo. Esto lo une muy bien Mateo, que menciona la genealogía escribiendo: ***“Libro de la genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham”*** (**Mateo 1:1**). El evangelista abrevia magistralmente el plan y luego dice: ***“De manera que todas las generaciones desde Abraham hasta David son catorce; desde David hasta la deportación a Babilonia,***

catorce; y desde la deportación a Babilonia hasta Cristo, catorce” (Mateo 1:17).

Nosotros llegamos a ser hijos de Abraham en la fe (**Gálatas 3:7**), porque estamos en Cristo, y en Él vivimos, nos movemos y somos (**Hechos 17:28**). Por lo tanto, encontramos de Abraham a Cristo cuarenta y dos generaciones, y en Cristo Su manifestación por más de dos mil años. Lo que debemos comprender para el desarrollo de nuestro tema, es que la Ley fue dada para la formación de la nación de Israel, porque en ese tiempo, Dios trató con toda la nación.

Como analizamos en el capítulo anterior, Pablo escribió: *“Entonces, ¿para qué sirve la ley? Fue añadida a causa de las transgresiones, hasta que viniese la simiente a quien fue hecha la promesa; y fue ordenada por medio de ángeles en mano de un mediador...”* (**Gálatas 3:19**).

Tal vez por esto Pablo hizo esta lógica pregunta: ¿De qué, pues, sirve la Ley? O en otras palabras: ¿Cuál fue entonces el propósito de Dios al dar la Ley? Bueno, el mismo Pablo responde a esto: La Ley fue puesta cuatrocientos años después de hechas las promesas a Abraham, *“por causa de las rebeliones”*. ¿Con carácter temporal o con una intención eterna? Claramente con carácter temporal. ¿Hasta cuándo sería necesaria? Hasta que viniese la simiente, en quien descansaba la promesa. ¿Quién era esta simiente? “Cristo” (**Gálatas 3:22 al 27**).

Amados, la Ley encerró todo bajo pecado, para que nos sea muy claro, que la justicia no puede alcanzarnos por nuestras propias obras. El pacto de la Ley fue temporal, no habría de durar, como dice el texto, sino hasta que viniese la semiente prometida, fue transitorio y ya no estamos bajo la Ley, sino en la persona de Cristo, en completa justicia.

En cuanto a los creyentes del Antiguo Testamento, ellos eran justificados a base de observar la Ley y todos los sacrificios demandados, pero haciendo todo, no lograban más que preservación. Lo perfecto solo vino a través de Jesucristo. Nosotros los gentiles, nunca tuvimos Ley, nunca tuvimos un Antiguo Pacto, y no teníamos Dios.

Entonces pregunto ¿Teniendo la vida de Cristo, necesitamos o debemos ir a la Ley que Dios le dio a Israel? ¿Necesitamos algo más claro que esto? Al venir el objeto de la fe, que es Cristo, los herederos de la fe, siendo judíos, ya no están bajo la Ley, y siendo gentiles como nosotros, ni siquiera estuvimos bajo la Ley, solo somos justos en la Persona de Cristo, somos Su cuerpo, tenemos Su vida y tenemos Su justicia. Quién no comprende tan extraordinaria gracia, solo es un religioso.

“Con Cristo he sido juntamente crucificado; y ya no vivo yo sino que Cristo vive en mí. Lo que ahora vivo en la carne, lo vivo por la fe en el Hijo de Dios quien me amó y se entregó a sí mismo por mí”.

Gálatas 2:10

Capítulo seis

LA LEY Y LA FE EN JESUCRISTO

“Así llegamos a esta conclusión: que Dios hace justo al hombre por la fe, independientemente del cumplimiento de la Ley”.

Romanos 3:28DHH

Como hemos visto, en el evangelio del Reino, todo es otorgado por la gracia, y es posible acceder a ello, a través de la fe (**Efesios 2:8**). Este principio establecido para la salvación, es el mismo que se utiliza para todas las cosas. Es decir, si podemos recibir justificación y salvación por medio de la fe ¿Cómo no vamos a recibir el resto de las cosas que Dios quiere otorgarnos por causa del propósito?

Esto es muy importante comprenderlo, porque Dios no está comprometido con nuestros caprichos, sino con Su propósito. Hoy en día, se predica el evangelio, poniendo a Dios en una posición en la cual parecería estar sentado, esperando que le pidamos nuestros deseos. Incluso se enseña sobre la oración, como algo que debemos hacer en modo

insistencia, para que Él escuche y determine complacernos. El Reino no funciona bajo esa dinámica.

Nosotros tenemos el extraordinario privilegio de gozarnos en el Señor y caminar en Sus planes. No hay nada en este mundo, más glorioso que Su presencia. No hay cosas, ni bienes, ni éxitos que puedan compararse a la presencia del Señor. Sería maravilloso que todos los hijos de Dios, pudiéramos comprender esto claramente, porque de hacerlo así, dejaríamos de afanarnos tanto por cosas que simplemente son pasajeras y vanas.

Si en lugar de trabajar tanto y esforzarnos tanto para conseguir metas personales, como prestigio social, buenos negocios, o bienestar familiar, nos enfocáramos más en buscar Su presencia y Su propósito, seríamos completamente plenos. Dios puede darnos algo que ninguna otra cosa en la tierra nos puede brindar. ¿Qué podemos desear en esta vida, más que hacer Su voluntad, con el respaldo de Su presencia?

Hoy en día, por sobre todo, se invierte el potencial de la fe, en la conquista de estas cosas, pero no en vivir a Cristo con toda intensidad. El apóstol Pablo dijo: ***“Lo que ahora vivo en el cuerpo, lo vivo por la fe en el Hijo de Dios, quien me amó y dio su vida por mí”*** (Gálatas 2:20 NVI). Podemos usar la fe para hacer un buen negocio, o comprar una propiedad, pero la fe, es primeramente para vivir en el Hijo y en la gracia recibida, ese es su fundamento.

Si enfocáramos correctamente nuestra fe, comprenderíamos que significa esto de que la fe sin obras es muerta (**Santiago 2:17**). En esto está la clave de una vida espiritual, libre de toda religiosidad. Cuando los líderes no interpretan bien este principio, hacen que la fe, genere buenas obras, pero solo en busca del favor de Dios. ¡Esto es incorrecto!

Reitero que la gracia de Dios es lo que nos otorga absolutamente todo lo que Dios ha determinado darnos por causa de Su propósito. La gracia que nos alcanza hoy, es nada menos que Cristo. Él es quién conquistó todas las cosas, todos los derechos, toda la justicia. No hay nada que nosotros podamos hacer para merecer algo. En el Reino, eso simplemente es ilegal, y no es grato a los ojos del Padre.

Si alguien oró por nosotros, fue por gracia, si alguien nos predicó y entendimos algo, fue por gracia, si nos arrepentimos fue por Su gracia, si recibimos Su vida, fue por gracia, Si en Su vida fuimos declarados justos, santos, eternos y herederos, fue por gracia, y si algo podemos hacer o decir para el Reino, solamente es por la gracia. Fuera de la gracia no hay nada genuino de Dios.

Los religiosos en la época de Jesús, estaban tan acostumbrados al hacer, en pos de una justificación personal, que perdieron de vista el verdadero sentido de la Ley, y por supuesto, no pudieron ni tan solo considerar los diseños de la gracia. Jesús los confrontó muchas veces por la orgullosa actitud que tenían, pero sin dudas, una de las enseñanzas más

gloriosa al respecto fue en el denominado “Sermón del monte”.

“No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir.”

Mateo 5:17

Si bien al momento de dar esta enseñanza, el ministerio de Jesús recién comenzaba, ya se podía ver que sus palabras eran muy diferentes a las que enseñaban los maestros de la Ley. Jesús hablaba con autoridad, y sabía que muchos fariseos lo criticaban citando la Ley, y dudaban de su integridad. Tal vez por eso, Jesús les dijo: “No se les ocurra pensar que vine a cambiar la Ley y a los profetas, es más tampoco vine a anularla si no a cumplirla...”

El Nuevo Testamento no debe ser visto como un reemplazo o anulación del Antiguo Testamento, sino como la consumación y revelación de este. En el Nuevo Testamento se nos debe revelar el verdadero significado de la Ley. Por ejemplo los sacrificios de animales, guardar el sábado, la circuncisión o no comer ciertos animales entre muchas otras cosas, ya no son necesarios porque tuvieron su cumplimiento en Jesús. Pero ¿Podemos ver y comprender el evangelio del Reino y el nuevo testamento sin las sombras que nos proporciona el Antiguo?

¿Qué quiso decir Jesús con eso de cumplir la Ley? Bueno, Jesús la cumplió, en el sentido de obedecerla en todo sin fallar un punto ya sea su parte moral o legal, pero

interpretándola correctamente. Las historias relatadas en el Antiguo Testamento, dejan en claro, la incapacidad de los hombres para cumplir la Ley, y apunta a la futura llegada del Mesías, quien sería el único capaz de cumplir con la perfecta voluntad de Dios. Tristemente, los fariseos nunca entendieron eso y terminaron distorsionándola, imponiéndola y creyendo que ellos mismos podían cumplirla.

Los maestros y los intérpretes de la Ley, le daban trascendencia a la Ley, y eso por supuesto, no era malo, el problema de ellos radicaba en que se presentaban ante el pueblo, como ejemplo de quienes la cumplían de manera perfecta. De ahí lo significativo de las declaraciones del Señor, acusando a los fariseos de hipócritas, debido a que, en tanto que profesaban la más escrupulosa reverencia hacia la Ley, violaban el más amplio sentido de la misma.

“Porque os digo que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos.”

Mateo 5:20

Es muy común cuando se escucha hablar de los fariseos, pensar en ellos como unos hipócritas despreciables. Pero humanamente hablando, por causa de sus obras, parece que eran personas que vivieron de manera más justa que nosotros. Sin embargo, Jesús dice que si nuestra justicia no es mayor que la de ellos no podremos vivir bajo el gobierno de Dios. ¿A qué se refería el Señor?

Jesús enseñó en el Sermón del monte, diciendo que de los pobres en espíritu es el Reino de los cielos (**Mateo 5:1**), Debemos comprender y reconocer nuestra incapacidad. Se nos debe revelar que Jesús cumplió toda la Ley y que para que alguien pueda ser justificado, debe vivir en Él (**Romanos 4:5**), y aun para vivir en Él, necesitamos el llamado de la gracia. Solamente en Cristo nuestra justicia puede ser mayor que la de los fariseos.

Los líderes religiosos creían que ellos cumplían la Ley, porque la veían como una lista de demandas, encargada de regular simples acciones, pero Jesús les enseñó que eso no era lo más importante. Por ejemplo, ante el mandamiento “*No matarás*”, Jesús dijo: “*Oísteis que fue dicho a los antiguos: No matarás; y cualquiera que matare será culpable de juicio*” (**Mateo 5:21**).

Si había un pecado de los cuales los fariseos no se creían culpables era justamente de este. Sin embargo, Jesús les menciona este concepto, que era uno de los Diez Mandamientos (**Éxodo 20:13**), y los confronta con la superficialidad de ellos para interpretarlo. Por eso también les dijo: “*Pero yo os digo que cualquiera que se enoje contra su hermano, será culpable de juicio; y cualquiera que diga: Necio, a su hermano, será culpable ante el concilio; y cualquiera que le diga: Fatuo, quedará expuesto al infierno de fuego*” (**Mateo 5:22**).

Sin dudas los fariseos, estaban limitando el verdadero significado de este mandamiento, porque la observancia del

delito no estaba en la consumación del hecho, sino en el corazón de ellos. Jesús los confronta y les demuestra, ante este nuevo concepto, que estaban equivocados respecto de la inocencia que creían tener.

Detrás de todo asesinato se esconde el enojo, la ira, la violencia, o cualquier intención capaz de generar un crimen. Jesús no se enfoca en el hecho, sino en el estado interno de la persona que comete un asesinato. Fue la envidia en el corazón de Caín, lo que lo llevó a matar a su hermano Abel, no fue una acción nacida de la nada.

Dios pretendía que la Ley demostrara la pecaminosa condición de los hombres, pero los religiosos llegaron a creer que ellos estaban muy bien, porque no mataban a nadie. Es por eso, que Jesús tomó el mandamiento impreso en piedra y lo trasladó al corazón, demostrando que el problema no son los hechos, sino las intenciones.

El apóstol Juan dijo que todo el que aborrece a su hermano es un homicida (**1 Juan 1:35**). El Señor no estaba tratando de condenar ante la justicia terrenal, a todos aquellos cuyos corazones estén infectados por el enojo. Lo que estaba enseñando, es que solo Dios conoce los corazones (**Jeremías 17:10**), y que debemos ser conscientes que todos de una forma u otra merecemos la condena.

Jesús les estaba enseñando, a ellos y a nosotros, que la correcta observancia de la Ley, está en trasladarla al corazón. Cuando hacemos eso, la Ley se vuelve como un espejo que

nos muestra nuestra verdadera condición. Cuando nos miramos en un espejo y nos vemos desalineados o despeinados, el espejo No soluciona nuestra condición, pero al menos nos revela la verdad.

La Ley opera de la misma forma, nos muestra nuestra condición, no en los hechos, sino en la raíz de toda situación. La diferencia, y esto es muy importante, es que ante un espejo nosotros podemos mejorarnos, arreglarnos la ropa, o peinarnos, pero ante el reflejo de la Ley, no nos queda otra opción que inclinarnos ante Dios, reconociendo nuestra miserable condición, para que Él nos limpie de toda maldad.

La Ley no es para que podamos vernos como pecadores y luego hacer algo para cambiar eso. Tal presunción estaría llena de orgullo, y es absolutamente imposible. No hay esperanza en nosotros fuera de Cristo. Él es nuestra justicia, nuestra pureza y nuestra santidad. Sin Su gracia y sin Su amor, no hay otra sentencia para nosotros que la condenación eterna.

Eso que no entendían los fariseos en su época, es lo que muchos cristianos, no comprenden hoy en día. Esto ocurre porque hay algunos líderes que ponen sobre los hermanos, pesadas cargas que ni ellos mismos pueden llevar (**Lucas 11:46**). En lugar de librarlos de la culpa, por medio de la fe en Jesucristo, los hacen sentir culpables y los meten en el compromiso de mejorar sus vidas para ser aceptos ante el Padre.

Esto es absurdo, el único camino para ser aceptos ante el Padre es Jesucristo. Nosotros no debemos hacer nada para alcanzar perfección, nosotros hemos recibido Su gracia y Su vida, para que desde Su vida y por medio de Su Espíritu Santo, comencemos los procesos de madurez espiritual, hacia la plenitud que Dios pretende. Eso es como resultado de la vida, no como resultado de nuestras fuerzas, o de nuestras capacidades para llegar a ser algo.

Cuando Jesús decía que nuestra justicia tiene que ser mayor que la de los religiosos, estaba diciendo, si hacen lo mismo que ellos, si procuran guardar toda la Ley, pero fallan en un mandamiento, serán culpables de toda la Ley (**Santiago 2:10**). Pero si se vuelven dependientes de la gracia, reconociendo la incapacidad, confesando con sinceridad, hallarán misericordia, y recibirán la verdadera vida que puede transformarlo todo. Cuando nuestra justicia es Cristo, llegamos a ser más justos que los fariseos (**1 Corintios 1:30**), pero sin Él, solo estamos descalificados.

Por eso, Jesús también los confrontó diciéndoles que el adulterio, no era un hecho consumado, sino un deseo que estaba en el corazón de muchos. Cualquiera puede pensar que no es un adúltero, porque nunca engañó a su esposa o su esposo, pero la verdad es que ante un pensamiento o sentimiento, respecto de otra persona, ya podemos estar adulterando en nuestros corazones (**Mateo 5:28**).

Pero entonces ¿Esto es como si todos en algún momento, inevitablemente llegáramos a ser adúlteros?

Exactamente, ese es el gran servicio de la Ley. Si la interpretamos correctamente, pasa de la piedra al corazón, pasa de los hechos a la condición y cuando comprendemos quienes somos en verdad, podemos arrepentirnos.

La cuestión, no es solo que nos portemos bien, y creamos que somos justos merecedores del cielo, sino que comprendamos nuestra condición y apelemos a la gracia, al amor y la misericordia de nuestro Señor. Los religiosos creen que son lo que hacen, pero no evalúan la condición de sus corazones, antes bien, ellos miden sus vidas por sus acciones. Por eso Jesús les dijo: ***“¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque limpiáis lo de fuera del vaso y del plato, pero por dentro estáis llenos de robo y de injusticia...”*** (Mateo 23:25).

El Señor no envió Su Ley para generar culpa, sino para presentar al Hijo, como la única solución para todos los seres humanos. Observemos que la gente que cree en diferentes religiones, aunque practiquen el ascetismo, la auto flagelación, o aunque pretendan cambios para ser absolutamente buenos, no logran alcanzar una vida pura para salvarse. Todos, irremediabilmente todos los seres humanos somos pecadores. No importa lo poco o lo mucho que pequemos, el pecado siempre está, porque es el resultado de una naturaleza, no de ciertos hechos consumados.

La Ley no fue dada solo para regular la consumación de los hechos, sino para desenmascarar la condición de nuestro corazón. Por eso Jesús también le dijo a los fariseos

que los juramentos, las largas oraciones, los ayunos, las ofrendas, las limosnas, o todo lo bueno que pudieran hacer, no eran necesariamente lo que todos veían. En realidad, todos podemos hacer estas cosas, pero es posible también, que las intenciones de nuestros corazones sean incorrectas o pecaminosas. Podemos realizar grandes actos de bondad, y a la misma vez, estar llenos de orgullo y vanidad.

Algunos predicán para exhibirse y destacarse entre los demás. Otros oran para que todos vean lo espirituales que son. Algunos pueden ofrendar, o ayudar a los necesitados, solo para sentirse mejor, para verse como mejores personas ante la sociedad, o para ser considerados como generosos. En definitiva, debemos tener cuidado, porque Dios no está mirando lo que hacemos, sino nuestros corazones. Sin revelación, la Ley solo tiene frías intenciones, pero Cristo demostró, que las verdaderas intenciones del Padre, era que todos los seres humanos podamos ver, lo que hay en el fondo de cada una de nuestras palabras, o de nuestras acciones.

Este ejercicio que Jesús realizó en el llamado sermón del Monte, es un claro ejemplo de cómo Él pudo cumplir con la Ley. Él no fue un hombre que simplemente se portó bien, y nunca hizo nada malo, Él fue un hombre de corazón puro, y esa fue la gran diferencia con cualquier otro ser humano que haya existido. No fueron solo sus hechos, fue principalmente Su esencia.

No es que Jesús tuvo muchas ganas de hacer cosas malas, pero se contuvo. Eso es lo que hace cualquier

religioso, y es lo que Dios desea evitar que intentemos. Jesús tuvo un corazón puro, y no pecó porque no había pecado en Él. Ciertamente hubo muchas intenciones de tentarlo (**Hebreos 4:15**), pero eso no implica que se abstuvo con gran pericia, sino que no estaba en Él el deseo de pecar y ese es Su gran regalo para nosotros.

Lo que el Señor nos otorga en el Nuevo Pacto, es Su vida, no simplemente un perdón. Es decir, el perdón y la justificación es para que podamos encontrar la comunión con Él, y que podamos recibir Su Espíritu, a la vez que somos introducidos en Su cuerpo. Él en nosotros, nosotros en Él. De esta forma, Su mente y Su corazón, legalmente, se funden en nuestro ser. El evangelio del Reino, no produce un simple cambio de veredicto, sino de naturaleza.

Cuando se nos revelan las profundidades del evangelio del Reino, llegamos a comprender que no hay esperanza en la vieja naturaleza de pecado, y que nuestra única esperanza es Cristo. Vuelvo a mencionar estos grandes principios: “Él es el que pone en nosotros el querer como el hacer por Su buena voluntad” (**Filipenses 2:13**), “Solo Dios es el que hace en nosotros, lo que es agradable delante de Él, por medio de la vida de Cristo” (**Hebreos 13:21**).

Cuando decimos que Jesús abolió la Ley, fue porque la cumplió de manera perfecta, y ahora la introduce en la revelación de nuestros corazones. Cuando alguien sigue con la intención de cumplirla con sus hechos, no ha comprendido la verdad más importante del evangelio.

Es muy triste que muchos hermanos, estén atrapados en congregaciones que pretenden hacerlos vivir como si fueran judíos, y les hacen guardar la Ley en todo lo que más pueden. No se dan cuenta que el evangelio, es un cambio de naturaleza, no de nacionalidad terrenal, sino espiritual (**Filipenses 3:20**). No es un simple cambio de obras, para que nadie se gloríe (**Efesios 2:9**). Y que esa naturaleza recibida, debe fluir de manera simple, a través de la madurez espiritual.

Los cambios y los frutos que podamos producir, son el resultado de la vida de Cristo en nosotros, no de nosotros para agradar al Padre. El Padre no trata con nosotros, ni tiene un Pacto con nosotros. Solo tiene un Pacto con Su Hijo y nosotros llegamos a Él, solo por el Hijo. Reitero: *“El Nuevo Pacto, no es un Pacto que Dios hizo con los hombres, es un Pacto que hizo solamente con Su Hijo...”*

No debemos pretender hacer cosas para lograr algo, nuestras obras, solo deben ser el resultado de lo que somos en Cristo. El evangelio no se vive con nuestras fuerzas, sino con Su Espíritu... Solo debemos vivir en Él y gozarnos en la gracia de Su Persona.

“También le pido a Dios que Jesucristo viva en sus corazones, gracias a la confianza que tienen en Él, y que ustedes se mantengan firmes en su amor por Dios y por los demás. Así ustedes podrán comprender, junto con todos los que formamos el pueblo de Dios, el amor de Cristo en toda su plenitud. Le pido a Dios que ustedes puedan conocer ese amor, que es más grande de lo que

*podemos entender, para que reciban todo lo que Dios tiene
para darles...”*
Efesios 3:17 al 19 VLS

Capítulo siete

LA GESTIÓN DE UN LIDERAZGO ENTENDIDO

“Que vuestro amor abunde aún más y más en conocimiento verdadero y en todo discernimiento, a fin de que escojáis lo mejor, para que seáis puros e irrepreensibles para el día de Cristo; llenos del fruto de justicia que es, por medio de Jesucristo.

Para la gloria y alabanza de Dios”

Filipenses 1:9 al 11

En los diferentes capítulos de este libro, he tratado de exponer el costo que puede haber en nuestras vidas, si utilizamos mal las Escrituras. He tratado de entregar una enseñanza con fundamentos, respecto de cuán importante es para Dios que vivamos nuestra fe en Cristo y en Sus virtudes, no en nuestras fuerzas o nuestra justicia.

He tratado de exponer sobre cómo interpretar correctamente la Ley escrita, para vivir en la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús, porque eso es lo que nos libra de la ley del pecado y de la muerte (**Romanos 8:2**). Erradicando responsablemente todo intento de obras muertas, en busca de

justicia personal, dejando en claro que nuestra única justicia es Cristo y que fuera de Él no hay paz, ni descanso para nuestras almas.

Es claro que estamos viviendo un tiempo muy especial y que algunas cosas en el mundo se pondrán muy difíciles para la Iglesia. Si no encaramos la recta final, con una vida fundamentada solamente en la gracia de Cristo, no vamos a poder afrontar el sistema. Si como Iglesia, no entramos en las dimensiones de la unión, no podremos manifestar efectivamente el Reino, y estar listos para la venida de nuestro Señor y Rey.

La religiosidad, es el peor enemigo de la unción. Los líderes no estamos para meter a la gente en esclavitud, sino para hacerlos libres y ayudarlos a madurar en la vida de Cristo. Si no los guiamos por el camino de la unión, nunca serán responsables como estamos esperando. Hoy estamos viendo una tibieza espiritual que es alarmante, y tratar de deshacerla desde la exhortación y la imposición, puede llevarnos a utilizar las herramientas incorrectas. Esto puede generar obediencia, pero con corazones lejos de tal justicia.

La Iglesia no necesita eso, no necesita hermanos responsables y comprometidos, por causa de un mensaje adulterado. Necesitamos que sea Dios el que nos lleve al compromiso y la pasión verdadera. Si no hacemos todo desde el corazón, para el Reino no sirve, porque Dios no trabaja a través de nuestras obras, sino a través de las obras del Hijo en nosotros.

Si esperamos que la gente se sienta lista para actuar, o para servir a Dios, nunca lo harán. Lo que necesitamos es que comprendan por la gracia, que son justos en Cristo, y libres en Cristo, debemos enseñarles a ser responsables de tener una profunda comunión con Dios. Eso es lo fundamental, porque si hacen eso, serán responsables en todo lo demás, harán todo lo que deban hacer, y lo harán de manera efectiva.

El mensaje que debemos dar, debe estar fundamentado en la gracia del Señor. No debemos tener temor, que esta pasividad que estamos viviendo pueda empeorar. Debemos creer que Dios puede generar, lo que nosotros no hemos podido lograr. Debemos asumir nosotros, que como líderes no estamos consiguiendo grandes resultados. La gente está más influenciada por el sistema, que gobernada por el Espíritu Santo.

La religión no sirve para vivir el Reino. Los esclavos no gobiernan. Si discipulamos reyes, tendremos reyes, pero si discipulamos esclavos, nunca manifestaremos el Reino. No debemos tenerle miedo a la libertad. Es verdad que es más fácil pastorear una Iglesia temerosa, que una iglesia libre. Es más fácil pastorear una Iglesia religiosa, que una Iglesia de Reino. Es más fácil pastorear desde la imposición que desde la revelación, pero no debemos negociar las formas. Aunque de esta manera, la Iglesia no parece expandirse fácilmente, Dios sabe muy bien lo que debe hacer. Nosotros, solo trabajemos con Sus diseños. Esa es nuestra misión.

No me estoy refiriendo a tener un mensaje liviano, en donde la gracia se convierte en licencia para pecar. Jamás diría algo así. Digo que debemos ser libres de la esclavitud del pecado de la religión, para vivir verdaderamente libres en la Persona y la santidad de Cristo. Cuando los hermanos reciben revelación de la libertad que implica vivir en Cristo, llegan a comprender también, la gran virtud que implica vivir sujetos a Él.

Si tenemos esclavitud dentro de la Iglesia ¿Cómo produciremos libertad en un mundo cada vez más esclavizado? El creciente caos que vemos, evidencia una escalada importante de las tinieblas y necesitamos una Iglesia no religiosa, sino empoderada por el Espíritu. Necesitamos hermanos que no estén atrapados en el hacer del activismo y las liturgias de culto, sino en los intereses que el Espíritu proponga.

Necesitamos ver que el campo de acción, no son nuestros cultos, sino el mundo. He tratado de advertir en este libro, como en varios de mis libros, que los hijos de Dios, debemos despertar a lo que está aconteciendo en el mundo, y escuchar con atención lo que Dios está hablando en este tiempo. El gran problema de discipular una Iglesia religiosa, basada en el hacer, en lugar del ser, solo crea cristianos sordos al Espíritu, y sin unción para manifestar la autoridad y el poder de Dios en la tierra.

Estamos a tiempo, pero los días son malos. Debemos ser entendidos respecto de las realidades espirituales que

vivimos, y debemos actuar con suma responsabilidad. Ciertamente terminaremos triunfando, pero de seguro, tendremos que enfrentar duras confrontaciones con este sistema de tinieblas, que operará con mayor rigor en los tiempos del fin.

El liderazgo de la Iglesia, tiene una gran responsabilidad en este tiempo y por tal motivo, puede que este capítulo, tenga como objetivo principal, alcanzar a quienes tienen alguna función ministerial o de enseñanza. Los hermanos, serán el resultado de lo que les podamos impartir. Enseñamos con autoridad y revelación, tal como lo hacía Jesús, o enseñamos como los maestros y doctores de la Ley, quienes tuvieron mucho conocimiento teológico, pero carecían de revelación. Por eso Jesús les dijo: ***“Yo hablo lo que he visto cerca del Padre, pero ustedes hacen lo que han oído...”*** (Juan 8:38).

Dejemos de enseñar a los hermanos, que la Biblia es el manual del fabricante, porque eso es un error. Un manual no tiene vida, solo tiene directivas para que algo funcione. Nosotros podemos tener un manual para un electrodoméstico sin vida, pero no para hacer funcionar a la gente. La Iglesia no es un electrodoméstico, la Iglesia es un organismo vivo, es el Nuevo Hombre, y créanme que nadie puede cambiar su vida con un manual, porque para leer un manual y obedecerlo, solo necesito el conocimiento y la responsabilidad, pero eso no es lo único que nos hace falta en el Reino.

Lo primero que necesitamos es la vida de Cristo. Su vida es la luz que nos revela la Palabra, y la vivifica, para que no solo recibamos entendimiento intelectual, sino revelación. Eso pasa la Palabra de la dimensión de la letra, a la dimensión de la vida. Los cambios, las acciones y las palabras que podamos manifestar, deben ser el resultado de esa vida. No de la instrucción de un manual.

Ya tenemos el ejemplo de Israel, porque para ellos, la Ley ciertamente fue como un manual, pero nunca pudo producir verdadera vida en ellos, sino muerte. Si en lugar de las tablas de piedra, nosotros tenemos hermosas Biblias con tapas de cuero, no estamos haciendo ninguna diferencia. Lo que produce verdaderamente un cambio, es que la Palabra cobre vida, porque la vida es la verdad y la verdad nos libera de nosotros mismos y de toda mentira. Entonces y solo entonces, manifestaremos la persona de Cristo y eso es lo que el mundo está necesitando.

Ruego la atención de mis consiervos, considerando que hemos de dar cuenta ante el Señor de nuestras actuaciones. Y sinceramente, si el estado actual de la Iglesia, es como el que percibo, creo que hay muchas cosas por corregir. Si nosotros no predicamos con unción, no pidamos revelación en la gente. Todos necesitamos de la unción. Nosotros para hablar, la gente para la revelación de lo que hablamos. Todos debemos volvernos a la dependencia de la vida, y la Iglesia despertará.

En estos tiempos y tal vez, por los medios de comunicación y la globalización, la Iglesia está siendo permeada por la cultura de este presente siglo malo, y la gente que debemos discipular hoy en día, es bastante difícil, por causa de las influencias del sistema. No por malos o rebeldes, sino porque los valores han cambiado en esta sociedad, y el valor de la Palabra, así como la honra a toda autoridad se ha degradado completamente. Necesitamos desesperadamente que el Espíritu Santo, se enseñoree de Su Iglesia, y los líderes ocupemos nuestro lugar.

Los padres de hoy en día, no tienen la autoridad que tenían los padres de antaño. Tampoco la tienen los maestros, profesores, patronos, policías, gobernantes, sacerdotes o pastores. Hoy la gente hace caso relativo y selectivo de lo que escucha. Hay un gran descrédito a toda autoridad familiar o social. Si nosotros, como líderes de la Iglesia, deseamos obrar bajo la autoridad del Señor, debemos volvernos a Él en dependencia absoluta. Asumamos nuestra incapacidad y nuestra debilidad, para que sea Él, quien haga lo que nosotros no hemos podido hacer. Busquemos Su dirección y hagamos solo lo que Él nos dice. Él no espera más de nosotros que la obediencia.

Hoy en día está todo tan mal en la sociedad, que disciplinar a un hijo, decirle de que género es, o decirle en qué debe creer, es considerado como un acto de violencia. La desintegración familiar y la igualdad de roles, ha generado que los niños no tengan bien en claro, quién manda en cada

ocasión, y por lógica, manipulará cualquier situación para hacer lo que desea.

Es muy común ver niños hiperactivos y desobedientes en todo lugar. Por cierto, en las congregaciones es cada vez más difícil contenerlos, y es muy común ver a los padres, abandonando la reunión porque no son capaces de controlar a sus hijos, que hablan, lloran, o se mueven de un lado a otro sin que nadie los pueda parar.

En las escuelas, los maestros deben tener suma paciencia porque los niños simplemente no obedecen. Aquí en la provincia en la que vivo, la mayoría de las maestras de jardín infante, están bajo asesoramiento psicológico para tratar adecuadamente con los niños, porque no los pueden manejar. Imaginemos en la primaria o la secundaria.

Los jefes de empresas o los patrones laborales, están transitando la difícil tarea de tratar con empleados, que reclaman derechos constantemente, a la vez que realizan sus trabajos con un grado cada vez más bajo de responsabilidad. No me parece mal el reclamo de derechos, pero cada vez cuesta más encontrar empleados íntegros y responsables. Hoy, un patrón exigente, puede ser tildado fácilmente de abusador, o incluso denunciado por su voz de autoridad.

Era muy común, hace algunos años atrás, encontrar a empleados con décadas de servicio en una misma empresa. Muchos comenzaban de adolescentes y terminaban jubilándose en la misma empresa. Hoy, ocupar un

adolescente es un abuso y que alguien permanezca varios años en un mismo lugar, es un milagro.

Las fuerzas del orden, también han sufrido un gran descrédito en las últimas décadas. Cada vez se respetan menos las normas sociales y las leyes de convivencia. Sin dudas hay un rechazo generalizado a todo lo que represente autoridad.

¿Qué decir de los gobernantes actuales? Cada vez se les cree menos y se les respeta menos. La corrupción y la inoperancia, han contribuido para la devaluación de sus cargos. La falta de integridad y responsabilidad de quienes están en autoridad, terminan dinamitando el valor de sus posiciones.

Cuando yo era niño, la figura de un cura, o de un pastor, era respetada y honrada con cierto temor reverente. Hoy en día, ni el cargo, ni las palabras de quienes debemos ejercer estos roles de autoridad espiritual, son tenidos en consideración. La gente no nos falta el respeto de manera frontal, pero que acepten tomar lo que decimos y ponerlo por obra es muy relativo. Aunque procuremos hablar en el nombre del Señor y sin incluir opiniones personales, la gente escucha y luego elige hacer lo que bien le parece.

¿Cuánta gente le hace caso a un cura, o al mismo papa, sobre cómo debe vivir? Solamente una pequeña porción de católicos practicantes pueden sujetarse a sus doctrinas. Gracias a Dios, la gente que llega a nuestras iglesias y

participan activamente de las reuniones, son gente que ha recibido vida en el Espíritu, y por tal motivo, la cosa cambia totalmente, pero los grados de obediencia y compromiso, ciertamente han disminuido en las últimas décadas. Debemos recuperar la autoridad, no desde la imposición, eso es contraproducente y produce esclavitud. Nosotros debemos llenarnos de la unción del Espíritu y eso marcará la diferencia.

Es muy común ver a los hermanos que no se comprometen en nada, hermanos que reciben un consejo y luego hacen lo que bien les viene a la gana. Hermanos que no aceptan una exhortación de sus pastores, y se cambian de congregación, todas las veces que se sienten molestos, o lo consideran mejor. Eso ocurre porque operan desde sus propios razonamientos, pero no han aprendido a vivir bajo el gobierno del Espíritu Santo.

Hoy escuchan la enseñanza de sus pastores, y si no les gusta, buscan otras en YouTube. Si encuentran alguna que sea más acorde a lo que piensan, la adoptan y automáticamente desechan la recibida. Es decir, tratan de encontrar la enseñanza a gusto del consumidor. Enseñanzas que los hagan sentir, cómodos y estimulados emocionalmente, pero no tienen verdadera convicción espiritual de cuál es la voluntad de Dios. Ellos pueden dejar de congregarse y a la misma vez, decir que Dios los entiende.

Reitero, no es que la gente sea mala o rebelde, y que por tal motivo actúen así. Es la cultura de este siglo la que

está permeando a las congregaciones, que sin unción, no logran contrarrestar sus mentiras. La gente es víctima de un sistema de pensamiento, del cual no pueden desprenderse fácilmente, porque están desarmados. La unción es lo único que puede librar a los santos de tal contaminación.

Quienes se han criado en hogares sin una clara imagen de autoridad. Quienes han estudiado en escuelas y universidades sin autoridad. Quienes han trabajado bajo patrones absolutamente controlables y desprecien toda autoridad civil, o de las fuerzas del orden, es muy difícil que lleguen a la iglesia y puedan respetar las imposiciones de las autoridades que Dios ha establecido. Eso es porque la mayoría lo está intentando de la misma forma que el sistema. En la Iglesia, la diferencia de un líder está en su autoridad espiritual, está en la unción bajo la cual esté operando.

Ciertamente la gente puede amarnos, y reconocernos. No es que nos están faltando el respeto de manera personal. Lo que ocurre es contra la autoridad, no contra nosotros. La gente puede escuchar una Palabra y creer que viene de Dios, pero luego y con la misma facilidad, pueden llegar a ignorarla. Pero esto es lógico, porque en la mente dicen que es Dios, pero en la razón, no asimilan nada. Lo que hace la diferencia de todo esto, es la unción, y debemos estar claros en esto, la falta de unción es producto de un liderazgo, que puede ser muy teológico, pero sin peso espiritual.

Esto puede ser contrarrestado en primer lugar, con una actitud, humilde, responsable, íntegra y contundente del

liderazgo actual. Esto, excepto casos excepcionales, ciertamente se está produciendo. Yo conozco a cientos de pastores y en su grandísima mayoría son personas íntegras y con un genuino llamado de parte del Señor. Lo que necesitan es salirse del activismo y sumergirse en una profunda comunión con el Espíritu Santo. Luego, operar bajo sus directivas, haciendo lo que Él diga, más allá de lo que la institución o denominación que los respalda, les hayan impuesto.

Es necesario alinear nuestras enseñanzas a la vida del Espíritu. Si enseñamos letra, tendremos algunos religiosos y otros tibios. Si impartimos la Palabra viva, tendremos hijos que se sabrán reyes, bajo el gobierno del Supremo.

Además, creo que debemos compartir esto con otros ministros, porque las diferencias doctrinales que nos han separado, no están contribuyendo con la credibilidad, la honra y el respeto que la gente debe tener de nuestras enseñanzas.

No puede ser que tengamos un solo Dios, y una sola Biblia, y a la misma vez, tantas interpretaciones diferentes. Debemos aprender a escuchar, sin enojos, con humildad, y permitir que el Espíritu Santo, nos traiga convicción de nuestra postura. No debemos asumir que somos dueños de la verdad, porque eso fue lo que hicieron los religiosos en la época de Jesús.

***“¡Ay de ustedes, maestros de la Ley y fariseos, hipócritas!
Les cierran a los demás el reino de los cielos; ni entran
ustedes ni dejan entrar a los que intentan hacerlo”.***

Mateo 23:13 NVI

Quienes tenemos una responsabilidad ministerial, más allá de toda impartición, dedicación y amor que procuremos dar a la gente, debemos imperiosamente enseñar la Palabra viva de Dios. Por supuesto, no me refiero a poner en tela de juicio a las doctrinas fundamentales, porque en tal caso, estaríamos en graves problemas. Me refiero a las doctrinas periféricas, las cuales evidencian grandes desacuerdos.

Tal vez, en otro tiempo, esto pudo pasar inadvertido, o pudo ser aceptado como algo lógico y comprensible. Sin embargo creo que hoy, esto no contribuye a nuestra autoridad espiritual. Considero que ante la degradación de valores y de toda autoridad en general, necesitamos mostrarnos responsables y muy creíbles.

Los niños no les hacen caso a los padres, porque el papá da una orden y la mamá da otra, al final obedecen solo al que les parece mejor. No les hacen caso a los maestros en la escuela, porque amenazan y no cumplen con ninguna disciplina, porque no los amonestan, porque ya no corren el riesgo de ser expulsados, y ahora, ya ni repiten de año aunque hayan hecho todo mal.

Las personas no les hacen caso a los patrones porque no tienen problemas en cambiar de una empresa, a otra que

le ofrezca algo mejor. No les hacen caso a las autoridades, porque las leyes no se cumplen, ni les hacen caso a los políticos porque los escuchan hablar en sus campañas electorales, y luego los ven, que no hacen nada de lo que prometieron.

En la Iglesia, los líderes debemos marcar una clara diferencia, ante esta notoria falta de integridad que hoy sufre la sociedad. En la vida espiritual, la pureza es clave, y la pureza es precisamente la falta de mezclas. No debemos mezclar el legalismo con la legalidad, ni la religión con el Reino.

Hoy necesitamos recuperar la pureza doctrinal. Deberíamos realizar concilios ministeriales y debatir estos temas periféricos que nos separan. Deberíamos exponer responsablemente todo concepto, ante la misma presencia del Señor, que es nuestro maestro y el único que puede llevarnos a toda verdad y justicia. No tengamos miedo de tener una congregación de gente libre. Cuando eso se produce en Cristo, no tenemos libertinaje, sino verdadera libertad.

Debemos asumir, que cualquiera de nosotros puede estar equivocado, y debemos tener la humildad de escuchar, y corregir, o ajustar nuestras doctrinas si es necesario. Pero debemos hacerlo con temor reverente y reitero, debemos hacerlo sin ningún tipo de orgullo ministerial. No pensemos que tenemos unción, solo porque tenemos un carnet de ministro. La unción no se manifiesta porque hacemos muchas cosas para Dios, ni porque nos estamos portando bien. Se

manifiesta cuando comprendemos la gracia y nuestra verdadera necesidad.

Como maestro, puedo decir con autoridad, que las audiencias más hostiles y difíciles para enseñar, son las compuestas por ministros. Esto es muy curioso y no debería ser así. Sin embargo, un gran porcentaje de apóstoles, profetas, evangelistas, pastores, maestros o líderes de cualquiera área de la Iglesia, se sientan ante las enseñanzas, creyendo que ya saben todo sobre el tema, que no necesitan aprender, o incluso, que ellos mismos pueden dar cátedra sobre tal asunto, y lo que es peor, cuando escuchan algo opuesto a lo que creen ellos, suelen enojarse y argumentar rápidamente, procurando enseñar, pero no aprender.

Reitero, para que no tengamos dudas de esto: “Lo mismo hicieron los religiosos en la época de Jesús...” Ellos estaban ante la Palabra viva, ante el Ungido del Señor, y sin embargo, cuando lo escuchaban expresar Su verdad, lo menospreciaron, lo trataron de endemoniado, de hijo del diablo, y lo quisieron matar. Bueno, no solo quisieron, sino que con el tiempo, lo terminaron matando, porque era más fácil para ellos matar al mensajero, que cambiar el mensaje que ellos creían saber muy bien. ¡Cuidado amados consiervos no escuchemos con orgullo, acerquémonos a la enseñanza con toda humildad!

La verdad, es que la actitud, la postura, la mirada y los gestos de los ministros al recibir una enseñanza, cuando son religiosos, son de una intimidante superioridad, son de una

notable incredulidad sobre la veracidad de cualquier concepto diferente de lo que saben. No son de evaluación reflexiva, sino de desaprobación radical, y solo aprueban la enseñanza, si es que lo dicho, está alineado a lo que ellos creen.

En una ocasión, estaba dando una escuela en Buenos Aires. En el auditorio había varios pastores y líderes. A los pocos minutos, veo que un par de pastores se levantaron y se fueron. Por lo cual, al terminar el primer taller, le pregunté al apóstol organizador, cuál era el motivo por el que estos pastores se habían ido. Entonces el apóstol me dijo con tristeza: “Es que mencionaste unos versículos con la Nueva versión Internacional y ellos creen que la única Biblia que se debe utilizar para la enseñanza es la Reina Valera...”

¿Cómo vamos a lograr un orden doctrinal, con semejante grado de intolerancia? Acaso ¿No deberíamos escuchar con la misma atención que demandamos a nuestra gente? ¿No deberíamos tomar nota, y al escuchar algo diferente escudriñarlo, evaluarlo y considerarlo en oración antes de desecharlo livianamente? ¿No deberíamos evaluar atentamente si los textos citados están sacando algo de contexto o no?

Yo no pretendo que me escuchen y adopten mis enseñanzas en su totalidad, digo que deberíamos intercambiar conocimientos, poniendo todo a consideración. Yo llevo muchos años de ministerio, he tenido la posibilidad de escribir más de cien de libros, predicar miles de mensajes

y enseñar en varias naciones de la tierra ¿Acaso eso me hace infalible o dueño de la verdad? No, definitivamente no.

Si hoy mismo descubriera que alguna de mis enseñanzas, o alguno de mis libros tiene conceptos erróneos, los cambio sin dudarlos. Si hay algo que deseo es servir a Dios con limpio corazón y con toda honestidad. ¿De que serviría un libro más, si lo que contiene no es aprobado por Dios? Fuera de Su voluntad, todo es basura.

Creo que ser corregibles es un gran acto de humildad ante el Señor. Pedro estuvo con el Señor tres años, luego era visto y reconocido por todos como un apóstol verdadero. La gente se sanaba con su sombra y todo lo que decía era absolutamente respetable. Sin embargo, fue corregido duramente por Pablo, y no tenemos registro de su rechazo. Sino que es evidente su reconocimiento y su aceptación, de esa reprobación recibida de alguien que mientras él ya era un apóstol, este perseguía y mataba cristianos.

Necesitamos la unción que nos otorgue autoridad para ordenar nuestras enseñanzas por la Luz del Espíritu Santo. Estoy seguro, que si nuestros hermanos, escuchan al liderazgo, en una misma mente y en un mismo parecer, se alinearán en el poder de la unidad que Dios desea para Su Iglesia. La condición actual de la Iglesia no es la mejor, pero creo que si en lugar de enojarnos, y de infundirles temor, buscamos que la unción se apodere de la Iglesia, todo se activará.

En la época de Jeremías, Dios habló muchas veces a Su pueblo y a las autoridades de gobierno, a través de su siervo. Sin embargo, en el mismo tiempo, otros profetas levantaron la voz, diciendo todo lo contrario a lo que decía Jeremías. La gente y las autoridades, tomaron las palabras que más cómodos los hacían sentir, y al final, el pueblo todo padeció el sufrimiento y la cautividad.

Yo sé perfectamente, que en estos últimos tiempos, se infiltrarán intencionalmente, muchos falsos ministros para traer confusión y división a la Iglesia. De eso estamos advertidos y no debemos alarmarnos. Lo que no podemos permitir, es que entre los que servimos a Dios con limpia consciencia y auténtico llamado, tengamos desacuerdos y violentas críticas.

Si los que amamos a Dios y le servimos con temor reverente, nos unimos con humildad, y vamos ordenando nuestros puntos de vista, no solo seremos más efectivos ante el pueblo, sino que desenmascaremos a los falsos ministros infiltrados para destrucción.

Yo tengo en mi biblioteca personal, miles de libros de autores diferentes. Muchos de ellos, tienen una postura opuesta a lo que yo creo respecto de algunos temas. Sin embargo, compro sus libros y me gusta leer con atención sus enseñanzas, porque respeto la unción de mis hermanos, y porque tal vez, leyendo a alguien que no piensa como yo, puedo encontrar que estoy equivocado en algo, y puedo corregir el rumbo para servir a Dios con mayor excelencia.

Debemos actuar con sabiduría, pero no con enojo. Debemos reconocer cuán vulnerables, podemos ser ante una mala enseñanza, pero no debemos escuchar con miedo. Debemos cuidar el hábito, de evaluar cuidadosamente y a la luz de la Palabra, todo concepto dudoso, tal como lo hacían los hermanos de Berea, pero debemos hacerlo bajo una profunda comunión con el Espíritu Santo, permitiendo que Él nos traiga un claro discernimiento espiritual.

*“éstos eran más nobles que los que estaban en Tesalónica,
pues recibieron la palabra con toda solicitud,
escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas
cosas eran así”*
Hechos 17:11

Esa devoción nos protegerá y nos aseguraremos de que estamos en el camino correcto. La Palabra debe ser para nosotros, como una plomada, que nos asegure, que no nos estamos torciendo (**Amós 7:7 y 8**). El orgullo, es el caldo de cultivo para la religiosidad, pero la verdadera humildad de corazón, es lo que nos permitirá ser conducidos a la libertad, por el sano yugo del Señor (**Mateo 11:29**).

Servir a Dios, es el mayor privilegio que un ser humano pueda tener en esta vida. No desaprovechemos esto, creyendo que le hacemos un favor a Dios, o creyendo que somos capaces en nosotros mismos. Tratemos de funcionar, sabiendo que hemos sido tocados por Su gracia y que tenemos la imperiosa necesidad de ser totalmente

dependientes de Su Espíritu Santo, para ejercer nuestra tarea bajo el gobierno de Dios y ser verdaderamente efectivos.

“Que la gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sean con todos ustedes.

Amén.”

2 Corintios 13:14 RVC

Reconocimientos

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en mí página personal www.osvaldorebolleda.com y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Pastor y maestro

Oswaldo Rebolleda

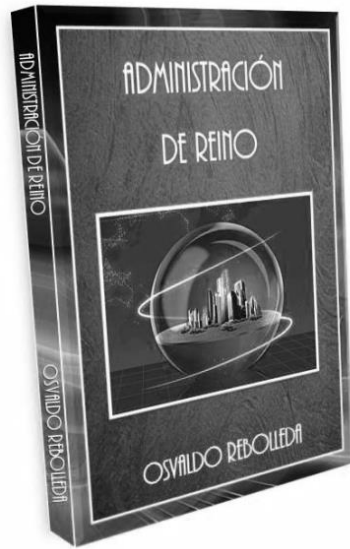
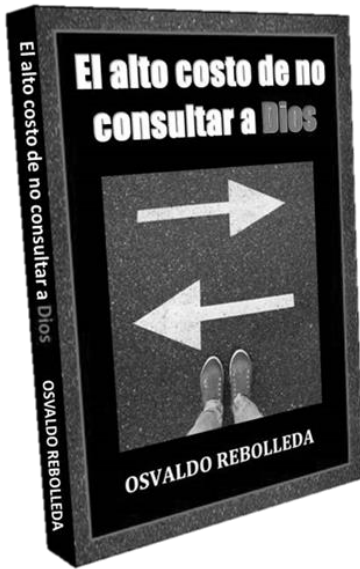


El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

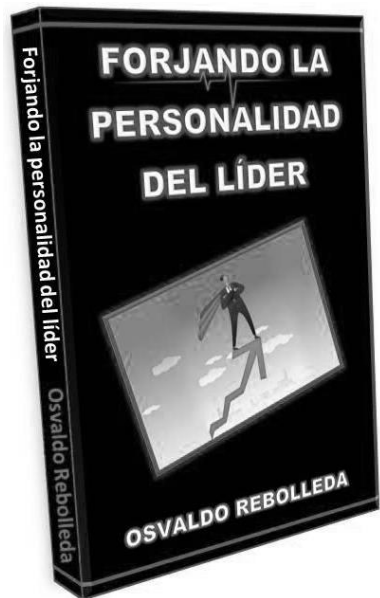
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE)
Y ministra de manera itinerante en Argentina
Y hasta lo último de la tierra.

rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com



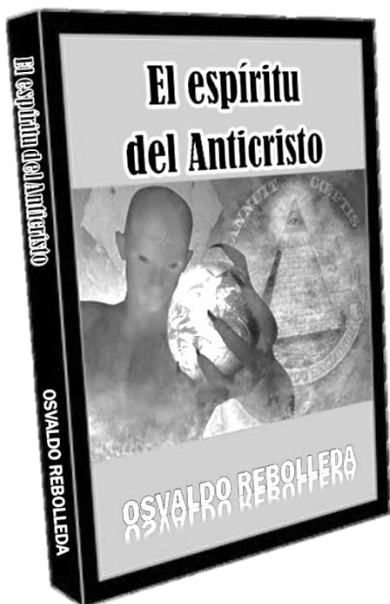
www.osvaldorebolleda.com



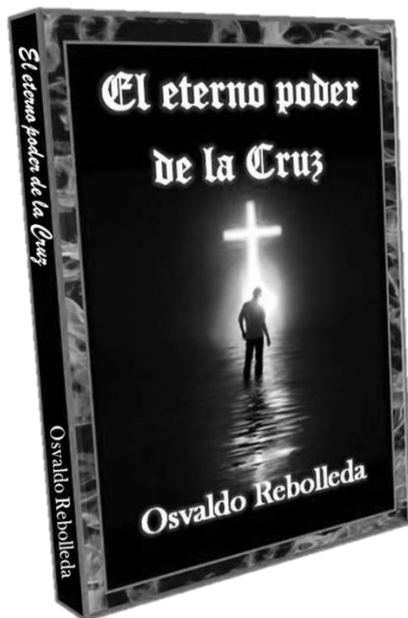
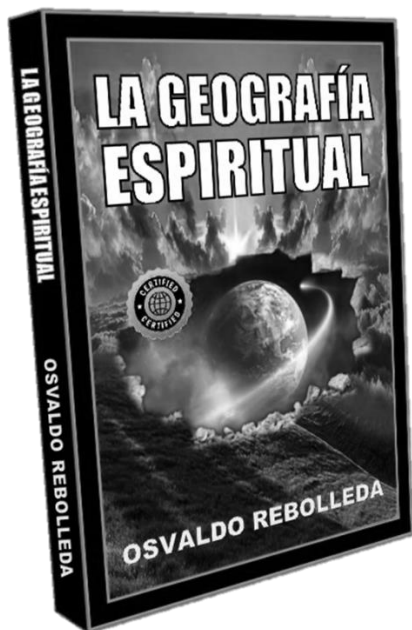


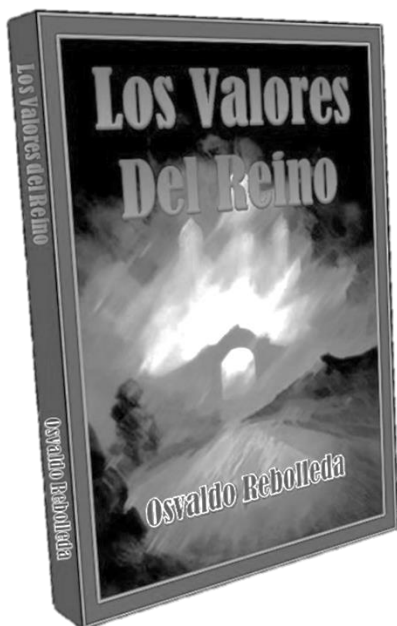
www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com

